

LADO DE CHILE

Caro Montiel. Mil
 gracias por sus libros,
 heiros ya el Indito y las
 Fabu las. Hacía tiempo
 que me iba sin verlos, es decir
 sin sus libros. El de U. de U.
 a mi cuando le leo, con
 entusiasmo vivo y real
 de americano. El de ropa,
 que vale decir de Sangre,
 U. de los rios, y la parte
 es muy de entana, de los
 que me recuerdan con
 la comunidad española
 y portuguesa, de la car.
 feria de la sangre, que tiene
 ser esta maspe.

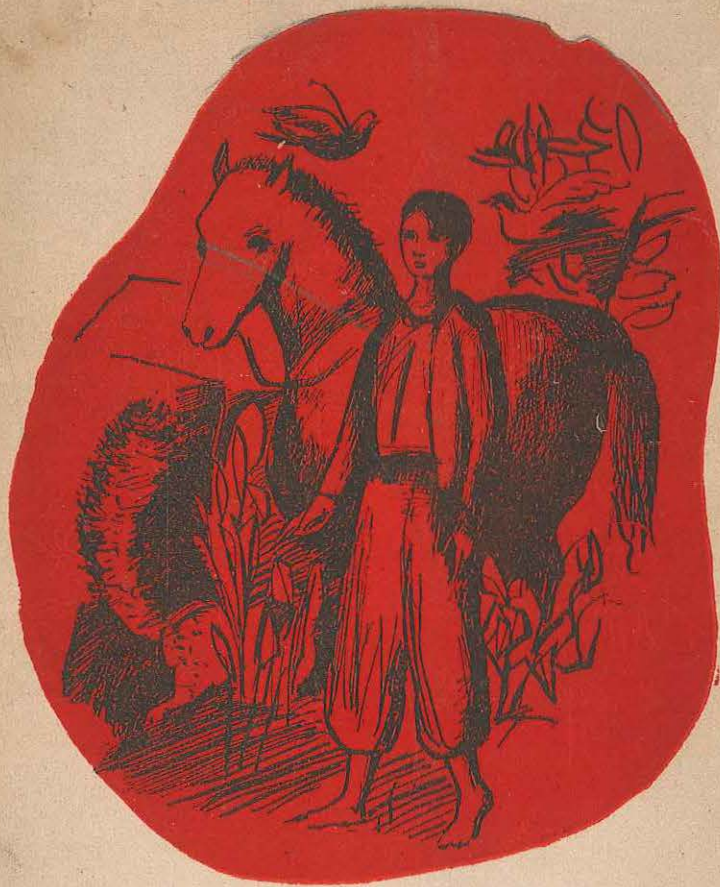
manos aling, o lo mismo.
 he apadeci con recato
 que me mandó con C. Alicia
 sabe con poema. Va muy
 lejos con su cariño.

Como na vivien B. Juan
 la olido, en estos momentos
 de Paris, en casa de nuestros
 malopad Cuentos. Buen
 do la charla simple y llena
 de profundidades; un
 tipo de americano bravo
 en grande y lo bien que se
 estaba ayudole.

No me olvide. Des
 le mar de alma y man. Saludo
 19.11.10

QUEGUAY

MONTIEL BALLESTEROS



QUEGUAY

(El niño indio)

UN CUENTO PARA NIÑOS

MONTIEL
BALLESTEROS

ros publicados, (10 edi-
en Argentina y Chile),
iones; traducciones al in-
alemán, francés, italia-
tugués e idisch, de algu-
sus cuentos, fábulas y
iones para niños, infor-
de la copiosa producción
a de Montiel Ballesteros.

afirma, que en su tercera
ud, si no lo apuran, es
de superarse.

ore nuestro autor, que ha
rado sus bodas de oro con
etras, han escrito Alfonso
, César Vallejo, Arturo
elli, Emilio Frugoni, Juan
nello, Gabriela Mistral,
a de Ibarbourou, Dora Ise-
ussell, Alejandro Sux, José
a Delgado, Javier de Via-
Ettore de Zuani, F. Ferrán-
Alborz, Zum Felde, Alberto
places, Juan Torrendell,
nuel Ugarte, Enrique Ander-
Imbert, Gamba, entre otros.
o, con M. B. creemos que
a lector constituye un vir-
l crítico, reacio a tutorías
recomendaciones, prefiriendo
nar personalmente.

Se nos ocurre razonable esa
itud, admitiendo que por so-
la crítica, —aun considerán-
la una respetable institu-
ón—, prima, en general, el
isto de cada uno.

Arturo E. Rodríguez Zorrilla
abril 1961

Queguay, el niño indio

BIBLIOTECA
ARTURO E. RODRIGUEZ ZORRILLA

BIBLI
MONTI E. L. RODRIGUEZ BALLESTERO S



QUEGUAY, el niño indio

*Ilustrado con maderas de
Guillermo C. Rodríguez*

LACAÑO HNOS. EDITORES
MONTEVIDEO



I

¡Queguay!, viejo Queguay, trenzado inolvidablemente a nuestros recuerdos infantiles, a la visión del campo verde, con sus colinas nevadas de ovejas; al monte lleno de silencio y de misterio; al primer petizo en el cual aprendimos a andar a caballo; a las escapadas de la siesta, en las persecuciones a las lagartijas, en las devastadoras incursiones a la chacra de las sandías o al bosquecillo de durazneros; a las dilatadas sesiones de la cocina en las noches de invierno, cuando nos maravillabas, nos deslumbrabas con tus cuentos fantásticos y nos espeluznabas con tus narraciones terroríficas de lobizones, fantasmas, aparecidos y ánimas en pena.

La vida nos ha golpeado desde aquellos lejanísimos tiempos de las ingenuas creencias en las leyendas, en las historias, en los sucesos sobrenaturales.

Ahora no creemos... o fingimos no creer en nada.

Los infortunios, las penas y los desengaños nos han endurecido el cuero, pero, quizá por eso mismo, cada vez

echamos más de menos aquel dulce pasado imborrable, que no volverá!... Pero... si sucediera el milagro de un imprevisto retorno a aquellos escenarios y a aquellas horas!... Si tú volvieras, te juramos, querido viejo Queguay, que volveríamos a creerte, que tendríamos los ojos —sorprendidos y alucinados— fijos en tu curtido rostro aindiado, en tu bigote y tu barba ralos, en tus chispeantes ojitos negros, en tu gesto expresivo, en tus manos elocuentes, en esas tus manos llenas de heridas y deformaciones, cuyos tajos y desgarraduras eran los documentos vivos de tus historias.

Y, pendientes de tu voz, te creeríamos de nuevo.

Empapados en el interés del relato, nos pondríamos graves; reiríamos jubilosos o miraríamos con terror hacia la negra boca de la puerta de la cocina, que, de pronto, se abría!... porque iba a entrar alguno de los perros de la estancia.

Tendríamos la credulidad que deseamos tengan los niños, para quienes vamos a repetir, con tu mismo cariño y tu misma emoción, tus eternos, simples e ingenuos cuentos.

Ya nos habías mencionado el poncho de siete colores —los del arco iris— que conquistó el naranjero que creyó en la belleza de la leyenda que afirmaba que el cielo era un árbol azul con flores de estrellas;

Nos habías hablado del casamiento del tigre con la gata, y de los engaños de su sobrino, el zorrito Juan;

De la tristeza del avestruz viudo;

De los sapos filarmónicos que, cuando no tocan su flauta es porque la han empeñado;

De la vizcacha y el guanaco argentinos, antiguos huéspedes de la Banda Oriental, de donde tuvieron que emigrar por vagos, pendencieros y amigos de vivir de arriba;

De las chicharras, que cantan de contrapunto y que le dan más mérito a la resistencia de sus gargantas que a la belleza de su música;

Del susto que se pegó el carpincho presumido el primer día que vió su retrato «patente» en el espejito de una laguna...

Y de cuántas otras historias, entre las cuales recordabas, con ternura y con gusto, ésta a que nos vamos a referir. ¡La vez que estuviste, — no podíamos calcular bien qué espacio cabía en aquella «barbaridad de tiempo», que mencionabas, que bien podía extenderse a un día, un mes, uno o veinte años, cuando permaneciste alejado de los hombres... Cuando, en tu infancia, viviste en plena naturaleza, entre sus elementos, con la tierra, el agua, el aire, el cielo, las plantas y los animales.

Pero te voy a dar la palabra para que tú mismo nos narres ese extraño suceso.

* * *

Reconstruyo la escena:

La cocina, de los peones, negra de añares de acumulado hollín, mal alumbrada por los candiles de primitiva industria...

En banquitos de madera de ceibo, en cabezas de vaca, en cuclillas —a la manera india— los chiquilines y algún mensual poníamos cerco a la flor de fuego del bra-

serío del fogón, donde se calientan las calderas de agua para el mate amargo y entre cuyo rescoldo se asa algún choclo tierno con el que un gurí goloso piensa regalarse.

Donde los dejan, cerca del calorcito del hogar, se ovillan felices, inmóviles, los perros.

En un rincón, una rueda de gauchos se despluma de unos realitos, jugando al truco, que ha de ser casi mudo, sin el pintoresco adorno de los cantos compadres e ingeniosos de envidios, retrucos y flores, porque al patrón no le gusta el juego.

En el duro piso de tierra de la cocina, repercute la sonoridad de los campos.

Pausada, entera y viril, la voz del narrador —oída religiosamente— posee un no sé qué de milagro interpretativo de las almas simples, de aquel vivir rústico, de la misma noche que, ahí afuera, ejerce su tremendo misterio, que susurra promesas o amenazas en la voz del viento, en un mugido ronco, en el grito de una alimaña, en un agorero graznido de lechuza...

Pero, junto a ese terror de la sombra, palpita simultáneamente la alegría de la vida y de la luz, ya pronta —más allá del ruedo negro de la noche— para rodar su sonrisa de oro sobre el mundo!

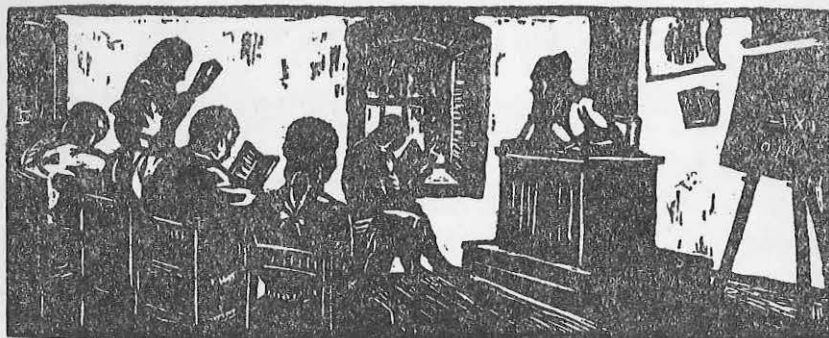
En ese influjo, en esa marea, van nuestras almas precipitándose, escalofriadas en el miedo inexplicable o dichosas en la gracia sana, en la bondad del triunfo del justo, en el fecundo mar sin orillas de la alegría!

El relator del cuento, apresado en la misma sugestión, debe creer a veces que alguien, que él mismo, ha vivido

alguna vez en aquel reino de sueño, y es posible que ignore cuando repite lo aprendido, lo que ha bebido en la tradición y cuando saca a la luz imágenes de su propia alma...

Se inisínúa el narrador:





II

—Ustedes saben que yo casi no sé leer ni escribir. Y ha sido más por mala cabeza, que por cabeza dura.

Yo era medio inteligentazo y ya sabía poner ojo y ajo y apilar dos arriba de otros dos para que resultaran cuatro...

Sabía que Europa está muy lejos y que es el país de los carcamanes; que la Banda Oriental está de este lado del Río Uruguay, la Argentina del otro, y el Brasil de la parte de donde nos llega el caliente y pesado viento Norte.

Eso lo aprendí en la escuela, a la cual iba en mi petizo lerdo y manso, que por estas cualidades de despacioso y pacífico me gustaba más, pues me llevaba lentamente por el campo, dejándome mirar los bichitos sil-

vestres, las aves del bañado y los pájaros cantores; los árboles, las flores, los pajonales, las chilcas, los arroyos y el cielo!

Y vean, no, todas estas cosas, porque me veían tan chiquito, tan callado y tan inocente, iban tomando confianza conmigo y con mi caballo y nos iban contando sus secretos, sus vidas, sus trabajos, sus historias.

Yo me detenía a veces a oírlos, a conversar con ellos, a reirme con su misma pura alegría, a narrarles mis sueños, y la gente que me encontraba, decía:

—Este gurí Queguay, es medio «ido»...

Y los mozos de Montevideo, que venían para los exámenes de la escuelita, opinaban que yo era fantasioso, novelero y que tenía mis ribetes de poeta...

Se reían entre ellos y me buscaban la lengua, como toreándome:

—A ver, amigo Queguaycito, si nos cuenta esa historia del avestruz viudo.

Y yo, a mi juego me llamaban, no me hacía rogar y les narraba lo que sabía del caso.

* * *

Afirmaban los antiguos que no siempre el ñandú cuidó la nidada y crió los charaboncitos.

Antes, cuando el mundo estaba mejor arreglado, en todos los hogares las mujeres cuidaban de la casa, hacían la comida, barrían y tendían las camas y criaban a los chiquilines, mientras, los maridos, muy gustosos, doblaban el lomo para ganarse la vida, trayendo la carne, el pan, la yerba y el azúcar para su rancho.

Como el Martín - pescador se ocupaba del oficio que indica su nombre, el boyero hacía medias y los loros tenían cátedra de conferencistas, el avestruz hacía de chasque y portador de mensajes...

Así que cuando doña Avestruza contó en su nido, grande como la boca de una cachimba, sus veinticuatro lindos huevos amarillos, le dijo a su esposo:

—Oye, viejo, yo tengo que ocuparme de «enculecar» la huevada, no pudiendo retirarme ni un momento de casa, así que te recomiendo que me traigas alimentos substanciosos para mantenerme.

—No pienso otra cosa — respondió don Avestruz, muy fino y cumplido. — Lo haré con el mayor gusto, sabiendo que es ese mi deber.

Pero el hombre era medio bandido y bastante calavera. Como en su ocupación había conseguido muchas relaciones, se juntó con la comadreja, el carancho y el hurón, se detuvo en una pulpería donde un pájaro payador cantaba hazañas de guerra y como allí se improvisara una jugada de choclón y otra de taba, él se dejó tentar, hizo unos tiritos al hoyo y otros con el hueso. Perdió un montón de reales — todos los que tenía — y agravó su situación bebiéndose unas copas de caña, fiado, lo que dió con su humanidad en tierra, donde, durmiendo la mona, se olvidó completamente de sus obligaciones.

Cuando se despertó de la vergonzosa borrachera, rumbeó para su rancho, urdiendo las mentiras que le permitiesen justificar su falta, mientras, desaprensivo, silbaba algo que a él le parecía de lo más alegre.

¡Qué sorpresa cuando llegó y se encontró a su compañera muerta de hambre!

El dolor le transformó el silbido en esa especie de lamento melancólico con el cual se dijera que llora —característico de los individuos de su especie— y, desde ese momento, se dispuso, con toda seriedad, a empollar los huevos para que no se fuera a extinguir su raza.

Lo hizo a perfección.

Nacieron los charaboncitos, que despertaron a la vida silbando muy triste porque no tenían mamá y el padre los empezó a cuidar, no abandonándolos mientras eran pequeños, defendiéndolos de los peligros con sus enseñanzas y consejos y de sus enemigos con su pico fuerte y sus patas poderosas.

* * *

A los chiquilines, a los condiscípulos de la escuela, les agradaban extraordinariamente esas historias, pero como se sentían inclinados a zaherirme con sus pullas, cuanto teníamos algún rozamiento o diferencia, mis mismas narraciones les servían para ofenderme diciéndome:

—¡Qué Queguaycito éste, tan embustero! Mire con los disparates que nos viene! Pero quién le va a creer que entiende lo que conversan pájaros y bichitos y si lo van a dejar asistir a sus conciliábulos y saraos!

Este Queguaycito es medio tocado... Y cuando no se le alborota el camoatí o se le vuelan los pájaros, anda como dormido, desvariando con los ojos abiertos, riendo, cantando, conversando con seres imaginarios...

Las personas mayores, a excepción de la maestra, que me acariciaba y me dedicaba una ternura y un afecto de madre, los otros, digo, me hacían víctima de bromas o alusiones irónicas, se burlaban de mí y yo no tenía más remedio que alejarme de ellos y ser cada vez más amigo de mi petizo, de las vacas, de los corderitos, de los pájaros, los yuyos y los bichitos del campo.

¡Caramba!, me estaban haciendo la vida imposible!

Fingían que ellos también poseían el secreto de platicar con las cosas que parecen inanimadas o los seres a los que se niega el alma.

Me inventaban diálogos y escenas, haciéndome aparecer amigo de lo ajeno, como el zorro, charlatán como las cotorras, refistolero como las lechuzas, atrevido como el benteveo o la calandria que —ellos lo afirmaban— tenían un pacto conmigo, que les avisaba cual era el momento propicio para venir a comerse el sebo colgado bajo la enramada.

Acosado por esa sorda lucha que me rodeaba, volvíame más taciturno, más silencioso y más inclinado a la soledad.

Cuando vagaba por el monte, por la sierra, por los prados, por los callejones, me ponía a cavilar:

—Realmente, Queguaycito, hubiera sido preferible que nacieras un animalito, una hierba, una flor olorosa, un grillo cantor, una nube dorada, blanca o rosada, de esas que vemos nacer en el cielo como jugando y que, impulsada por la brisa, nada feliz en el firmamento azul y se va, como un humito, quién sabe para donde!

Resolvía que no me sería difícil o pesado vivir en

una cueva, como la lechuza, en un árbol, como un clavel del aire o ser una mata de pasto, que ahí está quietita todo el día, gozando el paternal calor del sol o abrigando en la noche las gotas de rocío, que se vuelven irisados brillantes cuando las hiere la luz del nuevo día.

Esto yo lo confiaba en voz alta, y sentía que las chilcas aplaudían, que los Juan Grandes aprobaban solemnes, que los chajás me gritaban: bravo!, que las hojas de los árboles se movían como pañuelitos verdes que me llamaran y el agua del arroyo cantaba muerta de risa:

Tri - li - liii... lí - liii..., y murmuraba: dí si vas a venir...

Y corría más a prisa, cuchicheando secretos y confidencias que me interesaban y llenaban de curiosidad.

El agua redoblaba la velocidad de su marcha, porque no podía contener la risa.

Pero aquella risa era de simpatía.

Estaba convencido que no era la burlona risa de los hombres.

Tenía la plena seguridad que todo ese mundo vivo y palpitante me conocía, me amaba y me aguardaba, extrañándose de mi alejamiento, de mi tardanza en reintegrarme a su sociedad y no creyendo en lo que en mí —en oportunidades— parecía despreocupada indiferencia.

Yo, de gusto, para ver el efecto que producía mi promesa, gritaba entre los pastizales, entre los cerros o en el monte:

¡El día menos pensado me quedo con ustedes!

El alma de los árboles, de los matorrales, de las barrancas, de los insectos, de las aves, coreaban ayudadas por los ecos:

—Que te quedés... edes... edes...

Sólo el bandido del insolente benteveo, me había de aguar la fiesta, dudando de mi ofrecimiento:

—¿Quién te cree? ¿Quién te cree? ¿Quién te cree?...

... Quizá con el propósito de inducirme a precipitar mi decisión.

Otras veces, entre el ruido del viento, me llegaban llamados; zumbaban reclamos en mis oídos; oía voces en las grutas y las cascadas y chistidos entre los follajes...

—¡Queguaycito! ¡Queguaycito!

No ve, exclamaba yo, cómo quieren que me quede, cómo me reclaman y me esperan!

Lo único que realmente me acongojaba era no ver más a la maestra, dejar la escuela, con aquel cardumen de queridos gurises del pago, con los cuales —a pesar de algunas bromas de mal gusto— habíamos pasado horas tan felices!

También lo lamentaba por la familia donde me criara, porque no soy ningún desagradecido. En verdad, parecíame, allí no me apreciaban más que a los perritos de los niños o a los corderos guachos... Pero, en fin, yo era un ser humano que debía atenciones y aquella hospitalidad, que los peones, a veces —para hacerme rabiarse— me echaban en cara.

Rumiaba mi resolución, reflexionaba:

Mucho no lo van a sentir por mi propia insignificancia. Apenas si soy útil para hacer algún mandado, para agarrar caballos o echar las vacas lecheras...

Además me iré sin nada. Hasta a pie, si es preciso. No llevaré nada ajeno y ni siquiera me aprovecharé de lo que me han regalado. Es que de nada necesitaré. Llevaré solamente la mudita de ropa puesta y entonces sí, lejos de los cristianos, de los que siempre se ríen y se burlan de mí, voy a hallarme en paz, tranquilo, dichoso, sin temor que me repitan que veo visiones o que oigo absurdos cantos, raras palabras, misteriosas músicas.

Naturalmente que yo no me preocupaba de la cama, del fuego, de la comida ni de la ropa.

Bah, —resolvía— no tienen su traje de plumas, de seda, de pelos, de cuero duro, de escamas, todos mis amigos... Las flores, el guitarrero, el pirincho, la tortuga, el teruterero, el apereá?

¿No encuentran acaso yuyos, raíces, frutas y néctares con qué alimentarse?

¿No hallan cuevas, reparos de piedras, lanitas para nidos, donde vivir?

¿No disponen de sombra fresca o de calor solar o de una gota de rocío cuando lo necesitan?

Y me decidí.

La decisión no evitó la lucha con un titubeo que surgía del entusiasmo que me estaba naciendo por el estudio.

Comenzaba a apreciar el valor de la maestra y de sus enseñanzas y estaba aprendiendo cosas tan nuevas y tan lindas como extraordinarias.

Es verdad que imaginaba que también las aprendería en esa vida desconocida en la que me iba a iniciar

y que si no tenía libros, poseía las lecciones de las cosas que yo tanto quería y encarnaban una gran maestra — para otros muda e indiferente— la Naturaleza, a quien yo sentía como a una madre solícita, amante y tierna.

En estas alternativas llegó el día en que pensé no volver más a la estancia en que habitaba, ni al colegio.

Estando en clase, sentí la atracción de la libertad, el llamado del campo y del cielo, que —desde allí— me parecían crucificados por la reja de hierro de la ventanita y, temiendo que me fueran a impedir el triunfo de mi sueño, me invadió una tan honda tristeza, que no pude contener las lágrimas cuando la señorita me interrogó:

—¿Qué le sucede? ¿Quién le ha hecho algo? ¿Por qué pone esa cara, Queguay?

Entonces sí, llorando, medio impensada, irreflexivamente, confesé mi propósito:

—¡Es que tengo que realizar un viaje muy largo!...

Mi confesión pareció a todos un descomunal embuste, provocando la risa o la sorpresa de los que me suponían la audacia de intentar engañar a la maestra.

¡Un viaje!

Sí, señorita. Hace tiempo, mucho tiempo, que me están esperando en mi familia. Me reclaman con insistencia mis amigos, mis camaradas y mis hermanos.

La maestra se puso muy seria y estuvo largo rato pensando: Parecía triste. No sé si dudaba de tomarme en consideración o ponerme en penitencia, mientras el alumnado hizo un gran escándalo de risas y comentarios:

—¡Bum! ¡Qué guayaba! Pero este Queguaycito está cada vez más loco! Si él no tiene familia! Si no tiene padre ni madre ni perro que le ladre!

—Sí, si lo hallaron al lado de un hormiguero.

—No, señor, que vino en una isla de camalotes cuando la creciente grande.

Un tercero afirmaba, atrevidamente:

—Si lo descubrieron abajo de una torta de vaca!

La señorita impuso silencio, quizá con un poco de lástima, pensando que a Queguaycito, si no tenía una familia, si carecía de cariños, de mimos y afectos, no se le podía negar el derecho de los dulces sueños, a los que son tan propicios los niños.

Y yo, cuando, antes de irme, le besé las manos, se las bañé en llanto, convencido que quizá era la única que me comprendía, lo que —por otra parte— me daba tal sensación de orfandad, que me hacía aferrar más y más a mi propósito de alejarme para siempre de aquella penosa vida.



III.

Como lo pueden suponer, iba muy triste al lento paso de mi petizo... Este ramoneaba, con las riendas flojas, marchando al azar para uno y otro lado del callejón y yo hubiese sido víctima de los punzantes pinchos de los cardos, si éstos —con tanta diligencia como bondad— no se apartasen, precavidos, para no hacerme daño.

Las lechuzas, los carpinteros, las cachirlas, los lagartos y los horneros, que encontraba en mi camino, me contemplaban, reflexionando:

—¿Pero qué le pasará a Queguaycito, que va tan preocupado que ni siquiera nos saluda?

—¿Por qué irá tan triste?

Cuando llegué al arroyo, al mismo paso, donde tantas veces me había demorado gozando de la sombra, mientras miraba correr las murmurantes aguas, se asomaron curiosas las elegantes gallinetas de largas piernas rojas y los terutereros cambiaron impresiones, armando

insólita algarabía, abriendo las alas y corriendo, prontas sus amenazadoras púas rojas cual si fuesen a atacar a invisibles enemigos.

Las hojas se agitaron, saludándome.

Los pájaros gorjearon sus bienvenidas, que se me ocurrieron ligeramente burlonas, pues comentaban:

—Llegó Queguay! Ay! Ay! Ay! Ay!...

El arroyo huía con tal rapidez que hacía pensar que, de un momento a otro, iba a terminar de pasar.

La corriente repetía, cristalina:

—Tri - li - li... Rri... rri... rri... ¡Qué risa! ¡Queguay! Ay! Ay! Ay!...

Estuve a punto de enojarme:

—¡Qué tanta risa, hombre!

Cómo para risas estaba yo! Pero, como no percibía nada realmente hostil en el recibimiento, supuse que aquel alborozo era un alegre saludo, que terminó por regocijarme.

Descendí del petizo. Apreté con la sobrecincha los libros y cuadernos y me despedí de mi consecuente compañero de andanzas.

El caballito no quería irse.

Remolineaba.

Yo lo espanté; fastidiado, lo eché de mal modo:

—No lo preciso más, amigo; se puede ir para las casas.

Pareció obedecer, pero, tras unos pasos, me miró, preguntándome como si en ello envolviera un reproche:

—Has pensado lo que vas a hacer, Queguay?

Le respondí amoscado:

—Usted lo que debe hacer es irse y no meterse en mis asuntos particulares. No se preocupe de mí. Es verdad que me ha servido, por lo que le doy las gracias y le estaré reconocido siempre.

—Cuando me precise me puede llamar; estoy a sus órdenes.

Ustedes comprenderán que yo tenía que hacer de tripas corazón para no emocionarme y echarlo todo a perder. Por eso quería darle, al petizo, la sensación de una dureza de alma, que felizmente no tengo.

Insistí:

—Retírese no más, que yo quedo aquí con mis amigos, donde haré lo que se me antoje.

Incrédulo, aventuró, discretamente:

—No vaya a ser que se arrepienta, que le vaya mal.

—¿Irme mal? Entre estos camaradas tan buenos!

—Sí, pero usted no está acostumbrado a vivir así, a la intemperie, sufriendo los rigores del sol, de la lluvia y el frío; tal vez sin alimentos...

—Bah, no me puede ir sino bien, como le va a todas las cosas cuando no las maltratan los hombres. Y por esto mismo es que no quiero saber de nada más con ellos. ¡Huyo de su egoísmo!

Cuando hice esta declaración —naturalmente en voz alta— y afirmé la ruptura rotunda con los humanos, resonó tal coro de voces, gritos, exclamaciones, vítores y aplausos, que, a mi sorpresa, siguió el descomunal susto del petizo, que sin explicarse aquellas manifestaciones, dió media vuelta y escapó a galope tendido, quizá temeroso de que el mundo se viniera abajo.

Me quedé absolutamente solo y, extraordinario fenómeno, experimenté la sensación de que nunca había estado más acompañado.

Los teruteros se me acercaron, cariñosos. Las gallinetas, cuya más marcada característica es su temor arisco, que las hace huir desafortadamente de nuestros semejantes, también se me aproximaron.

Las tarariras, los dorados y las mojarras me demostraron su alegría haciendo acrobacia en el agua, mostrándome ya el lomo de plata y oro o la amarillenta panza.

Las hojas murmuraban sus bienvenidas.

Las garzas me hacían reverencias y los mirasoles grises distraían su ojo triste y encandilado para dedicarme su atención.

Y las aguas hablaban más alto, posiblemente para hacerse oír, pues los pájaros habían iniciado —a toda orquesta— un himno en elogio del nuevo amigo.

Aún no podía entender bien lo que toda esa gente —con la cual no había cultivado íntima relación— me decía y, resolviendo dedicarme a estudiar a una por una, elegí el agua para empezar a conocer a alguien, inclinándome al efecto sobre ella, consiguiendo —de inmediato— sorprendentes descubrimientos.

* * *

¡El agua es algo maravilloso!

Nosotros la percibimos como una materia líquida, incolora, gris, parda, azul, rojiza, según copie o refleje, el cielo, la tierra, el bosque y que corre más o menos ágil o tarda.

No es sólo eso.

El agua está formada por innumerables, por miríadas de transparentes criaturas desnudas, que pasan riendo, danzando y cantando con sus voces de música.

Quien no las estudia cree que su finalidad consiste exclusivamente en esos ingenuos y casi vanos juegos infantiles.

Pero ellas no olvidan en su danza y su algazara, las misiones trascendentes que han de cumplir en su multiforme existencia.

Cuando pueden, pues para esto no se descuidan un solo segundo, satisfacen la sed de los animales de toda especie y con la misma diligencia y júbilo que ponen para todo, se deslizan por el campo, se introducen por los poros de la tierra y van a refrescar y a alimentar los yuyos, los pastos, las plantas y los árboles.

Ellas son la verdadera poesía de la naturaleza y, como están en la melodiosa garganta del pájaro y en el nocturno élitro del grillo, suben por el tallito verde de la flor y se asoman en la suavidad de seda de la flor colorida.

Esas criaturas, que ya habían hecho llegar sus frases musicales a mis oídos, eran las que cuchicheaban, reían, me hablaban e invitaban:

—Vaya, Queguaycito querido!... Por fin, muchacho, te decides a venir con nosotras. Te resuelves a hacer lo que ya en los primeros días de tu infancia debías haber realizado. Eso que era necesario hacer antes de sufrir la influencia de las cosas muertas: de la sombra de los muros, de los alimentos cocidos o quemados, de los ves-

tidos sucios y feos, tejidos con la lana y el pelo o las fibras vegetales robadas por los hombres a nuestros hermanos los animales y las plantas.

Sin temor alguno del frío, del calor, de la humedad o del polvo, quítate la camisa, la bombacha, las alpargatas y realizarás el acto mágico de cortar los lazos que te unen a los humanos y de desposarte con la Naturaleza, con todas las cosas vivas y sensibles que te rodean.

Vas a ver cómo todo se transforma de inmediato; cómo cobra más belleza, más gracia y más poesía el mundo!

¡Cómo se te revelará su verdadero, puro y sano sentido!

Por lo pronto, vámonos a jugar juntos a la sombra de los follajes, a lustrar, a barnizar las lindas piedritas del lecho de los arroyos; a zambullir en las frías y dormidas lagunas profundas; a buscarnos en las «escondidas», entre los juncos y los camalotes floridos y entre tanto, les daremos bromas a las lavanderas intentando arrebatarnos de las manos las prendas de ropa que lavan descuidadas, mientras fuman sus cachimbos... y trenzaremos nuestros brazos como una tela dura para hacerle doler la cabeza al carpincho testarudo y miedoso, que, al menor ruidito se espanta y, sin ninguna consideración, se arroja brutalmente sobre nosotras desde las altas barrancas.

—¿Y dónde dejo mis pilchas?, indagué, ya entusiasmado.

—Tíralas!, me aconsejaron. ¿Para qué te van a servir más? De todas maneras has venido a quedarte del todo.

Además debes saber que después de la promesa solemne que has hecho, la ceremonia de abandonar la ropa determina en tal forma tu admisión en el seno de la Naturaleza, que desde ese instante resultas invisible para el ojo del hombre y de los seres que él esclaviza o que le obedecen.

—Caramba, no sé que me dá, tirar así una ropita nueva! Y si la guardara?

—Bueno, si la quieres conservar como un recuerdo... Pero te prevenimos que si te la vuelves a poner, deshaces el encantamiento y te transformas de inmediato en lo que has sido antes.

—Quizá algún día me convenga, expresé, hasta para ser útil a ustedes mismas.

Accediendo a mi deseo, me indicaron el domicilio de Juancito, ese mocito coludo y de hocico fino, más conocido por el apelativo de Zorro.

Me afirmaron que era persona de confianza y allá me fuí.

Llegué al sitio enseñado.

Nunca he visto casa más bien disimulada entre matas de chilca y rugosas piedras erizadas de tunas.

Golpée las manos.

Nada.

—Ave María Purísima, pronuncié el clásico saludo gaucho.

Sentí un leve rumor atrás de las piedras. Era el Zorro que me atisbaba.

Cuando se cercioró que venía en tren de paz, me dijo riendo, muy contento:

—Ah, eres tú, Queguaycito. Entra, muchacho.

Y me explicó:

—Hay que tomar precauciones, sabes, como tengo algunos enemigos... Mi residencia, por las dudas, cuenta con dos entradas, y continuó:

—Paseando, eh?

—En realidad, recorriendo lo que es ahora mi gran casa, pues me he venido a vivir entre todos ustedes. Me he venido a quedar y por eso le pido el favor de que me guarde la ropa por algún tiempo.

—Y cómo! ¿Vas a seguir desnudo? Hoy pase, que está el día tan lindo, pero después?

—Ya me he acostumbrado. Luego esto no va a ser desnudo sino natural. En el mundo en el cual me inicio no hay vestidos ni desnudos. Esas son cosas inventadas por los hombres.

—Por el acento con que pronuncias la frase, me doy cuenta que te has separado de nuestros tiranos. Te felicito. Pero eso es poco; debías haberles declarado la guerra. ¡Qué gente esa! Le hacen a uno la vida imposible. A mí me calumnian y todavía, no contentos con dejar mi moral a la miseria, me persiguen a muerte! ¡Son unas verdaderas fieras!

Yo aprobé todo, en previsión de que el discurso fuese a volverse interminable y, entre tanto, observé reposadamente a mi alrededor.

Mis ojos, ya habituados a la penumbra, escudriñaban la oscura madriguera con toda comodidad.

Las provisiones alimenticias abundaban y mezcladas con éstas se confundían con ropas, sacos, sombreros, pa-

ñuelos y cantidad de arreos, prendas camperas y chucherías, que el coludo sobrino del Tigre amontonaba en su rancho con verdadera pasión de coleccionista.

Aquello se asemejaba al refugio del mentado y poco escrupuloso Viejo Vizcacha.

Me olía que Juancito el zorro estaba un tanto al margen de la **Ley del Campo** y quizá por eso era su casa la única capaz de conservar mi ropa de hombre...

Yo, interiormente, criticaba las debilidades por las cuales calumniaban a mi amigo, pero no podía negar que allí había cosas muy lindas.

Hermosos rebenques con el mango de plata, puñales brillantes, lanudos cojinillos y unas boleadoras enchapadas, con guías de trenza de tientos finos, que eran un primor.

No pude contener mi elogio.

—Preciosas!, las aprecié, al observarlas.

—¿Te gustan?, me interrogó el dueño de casa.

—Sí, señor; son una joya, respondí, y hube de agregar:

—Se me hace que con estas «Tres Marías» yo sería capaz no sólo de sentar un potro, un toro o un venado en las garras, sino de bolear al mismo diablo en persona.

Rió el zorrillo de mi entusiasmo y mi bravura:

—Mire que no hay que jugar con los que tienen más poder que nosotros...

Y como le hizo gracia mi audacia, resolvió:

—Llévalas, te las regalo.

A él debían haberle costado muy poco... Igualmente le dí con toda cortesía las gracias y, cuando las fuí a

recoger del suelo para atármelas a la cintura, una voz imperativa y enérgica me vociferó:

—¡Deje eso, Queguay!

Me sorprendí. Miré espantado hacia los cuatro rincones de la cueva, tratando de averiguar de donde provenía el estentóreo mandato. Y, no descubriendo nada, sentí un escalofrío de miedo al pensar en las fuerzas sobrenaturales, más poderosas que nosotros, que mencionara vagamente mi dadivoso amigo.

Prudentemente, dejé el regalo donde estaba; doblé cuidadosamente mi ropita, la coloqué sobre una piedra seca y agradeciendo de nuevo sus atenciones a don Juanito —sin pedir que me aclarara el misterio, no queriendo saber más de complicaciones— me alejé de su subterránea mansión.

El me acompañó hasta la puerta y, con una sonrisa socarrona, me despidió:

—Esta es tu casa... cuando quieras tomar un matecito... Lo mismo, cuando quieras, puedes llevarte las boleadoras...

Y me hizo una guiñada, que yo fingí no ver.

Cada vez me parecía menos trigo limpio el hombre.

* * *

De vuelta hacia el arroyo, ví unas margaritas rojas tan lindas y unos dorados espinillos tan perfumados que, como me gustan tanto las flores me disponía a arrancarlas para adornarme con ellas, cuando volvieron a re-

sonar las broncas voces, que no sé de donde surgían y me imponían llenas de enojo:

—¡No toque eso! ¡No destruya las flores!

Obedecí porque no me gusta tener cuestiones con nadie y menos con fantásticos seres, tan invisibles como irritables.

Al fin, podía pasarme sin tal inocente capricho.

Pero, lo que me sucedió de inmediato, era más serio.

Como hacía unas cuantas horas que no probaba bocado y sentía las punzadas del hambre, resolví que lo más razonable era satisfacerlo. Al efecto corrí la vista a mi alrededor en procura de algo a que hincar el diente.

Cerca mío un erizado tala soportaba una verdadera invasión de nidos de palomas, con cuyos huevos resolví alimentarme.

Me aproximé al árbol, luego me encaramé a él y, cuando tras la huida de las gemidoras aves, iba a apoderarme de los huevos, se dejaron oír, potentes y furiosas, las extrañas voces de marras.

—¡Cuidado! ¡Bájese de ahí, Queguay! ¡Bájese inmediatamente! ¡O usted qué se cree! ¿No sabe que tiene que respetar la vida? ¿Que cada huevito contiene una futura existencia? ¿Ignora hasta ese punto la Ley del Campo? Aquí no está entre los hombres egoístas y feroces que se apropian y hasta destruyen por vicio o maldad todo lo que encuentran a mano!

Yo miraba en torno mío, desconcertado. Tan cerca estaban los seres que me hablaban, que sus voces retumbaban como truenos en mis oídos.

Los gritos espantosos surgían de todos lados, del árbol, de la tierra, de los yuyos, del aire!

—Está muy bien, sí señores, respondí, azorado, no atreviéndome a explicar que mi acto obedecía a una impelente necesidad.

Y aunque continuaba no sabiendo con quienes hablaba, me apresuré a descender del tala, que había premiado mi tentativa con sendos pinchazos de las espinas a cuyo alcance me puse.

Estaba a punto de arrepentirme de mi aventura y reflexionaba:

—Caramba, Queguaycito, me parece que lo que vas a sacar en limpio es que el petizo, con sus temores de Sancho Panza, tenía toda la razón. Dejaste una esclavitud y un bochorno de bromas y has caído bajo una tiranía que, aparte de exponerte a que te mueras de hambre, no te deja gozar del encanto de unas flores y quizá te prive del derecho a beber; del placer de la sombra de los árboles o del muelle y fresco lecho de las hierbas...

¡Vaya a saber cuántas despóticas exigencias tiene la famosa **Ley del Campo!**

Iba tan preocupado, tan distraído en esas, un tanto malhumoradas disquisiciones, que no pensaba que estaba desnudo y descalzo ni miraba lo que me rodeaba ni sabía donde me encontraba, cuando de pronto apoyé un pie sobre el helado cuerpo de una enorme víbora! Esta se revolvió vengativa y clavándome la mirada hipnótica de sus ojillos redondos, se incorporó furiosa,

abriendo la boca y agitando su lengua fina, me iba a hundir sus colmillos cargados de mortal veneno, cuando una fuerza invisible la abatió, mientras las mismas altas voces que me dominaron anteriormente, mandaban con imperio:

—Señora Yararaca, me extraña que no sepa que Queguaycito es sagrado! Parece que usted no conociera la Ley nueva, que admitió al hijo de indio entre nosotros, con todas las prerrogativas que le corresponden?

A ver sino sólo lo respeta sino que también lo protege!

La víbora se disculpaba:

—Perdón ¡Reconozco que ha sido un descuido mío! Yo llegué esta noche del Brasil y con la mudanza y preparar a mis niños para que hoy fueran a la escuela, no tuve oportunidad de oír los heraldos ni de leer los edictos. Resulta que el muchachito me pisó y como yo no lo conocía... Pero ahora que recibo la orden lo respetaré religiosamente y propalaré la novedad entre todos los de mi familia.

Y se me ofreció, toda atenta:

—Cuenta conmigo, Queguaycito. Estoy incondicionalmente a tu disposición... En lo que te pueda servir... Aunque la camisa que me quité el año pasado —mi piel, sabes— es un poco grande, si la quieres usar contra el dolor de cabeza, te la traigo de una escapada... Y si haces lanzas y flechas y las quieres volver mortales con mi veneno, no tienes más que pedírmelo.

— Mil gracias, señora Víbora, me apresuré a responderle y, preocupado por alejarme de su inquietante compañía, salté al arroyo, intrigadísimo con las contradicciones de la **Ley del Campo**, que tan pronto me protegía o, al proteger a los otros, me condenaba a un ayuno que había de sentarme muy mal para mi salud...



IV

Quando fuí a entrar al agua, con el explicable temor de pisar y lastimar a mis amigas, pensé:

—Lo que falta es que éstas ahora no me conozcan. Estoy seguro que las que veo actualmente no son las mismas de hoy, pues con el apuro que manifiestan de huir a todo escape, las que hoy hablaron conmigo a estas horas estarán en el océano.

Me desolaba creyendo ser para ellas un extraño, cuando las transparentes y ágiles criaturas —que oían perfectamente mi soliloquio— me tranquilizaron:

—Estás equivocado, Queguaycito. Nosotras somos muy unidas y nos confiamos absolutamente todas las novedades que nos suceden. Luego, cuando no es por un medio es por otro que todo lo vemos, lo sabemos o lo descubrimos.

Quando el ojo del hombre no lo percibe, su ciencia

no lo interpreta ni su cerebro lo imagina, nosotras ya estamos enteradas.

Nuestras comunicaciones son universales y poseen la velocidad de la luz. No en balde estamos en el río, en el arroyo, en el mar, en la niebla, en el rocío, en la lluvia, en la nube!

Somos vida en la caliente sangre de los que viven; en la clara savia de los vegetales; en el huevo de las aves; en el corazón de las semillas.

Creamos el pensamiento; hacemos rodar las palabras.

Brillamos en los ojos, en los labios húmedos, en la mejilla sonrosada.

Damos luz y ternura a la sonrisa y entonces somos la alegría.

O vueltas la gravedad amarga de la lágrima, somos el dolor!

Cuando nosotras nos vamos al cielo, los humanos pedantes explican eso como un fenómeno físico, que llaman evaporación.

Ja, ja, ja!... ¡Qué ganas de hacerse los sabios!

El asunto es mucho más sencillo y hasta más bonito.

Las hermanitas nuestras, las gotitas de agua que son más buenas, tienen permiso para ir al cielo, a formar las nubes y a pasear por el éter, por sobre los mares y los continentes, eligiendo sus destinos de caer sobre la sedienta boca de un mendigo, sobre una orquídea de un bosque tropical, en un edelweis aterciopelado de los Alpes o volverse irisada gota de rocío para el juego de un niño o el sueño de un poeta!

Ese premio lo obtienen las que son más puras y el viaje es un jubiloso ascender ayudados por el astro rey.

El sol, desde allá arriba, desde sus dominios de luz, nos alarga en sus rayos unas diminutas, pero larguísimas escaleritas de oro, por las cuales subimos en una carrera, casi en un vuelo!

Yo oía con delectación y curiosidad las explicaciones del agua, pero como tenía una grave preocupación derivada de mi ineludible necesidad física de comer, cuanto encontré la coyuntura, me atreví a interrogarlas:

—Como entiendo que ustedes están enteradas de todo lo que pasa a su alrededor, me voy a permitir preguntarles de dónde salen y a quienes pertenecen esas terribles voces que me impusieron abandonar las boleadores que me regaló el Zorro, que me impidieron cortar las flores y comer los huevitos de las palomas, pero que me defendieron, oportunamente, cuando la yararaca me iba a picar?

—¡Ah, sí!, exclamaron a coro y con gran solemnidad las gotas de agua.

—¡Hay que acatarlas!

Yo, cada vez más intrigado, insistí y ellas con una especie de religiosa unción me informaron:

—Esas son las manifestaciones de la divinidad! Son las sagradas presencias que están en todas partes! Son las voces del Dios, uno y múltiple, que vigila severamente, e inflexible, hace respetar la **Ley del Campo!**

Con esa, para mi vaga contestación, resolví darme por satisfecho y postergando para más adelante el soli-

citar mayores aclaraciones, empezamos a jugar y a divertirnos con mis buenas amigas.

* * *

Como al rato de reirnos, charlar y hacer ejercicios, sintiera arreciarme el hambre y considerando que dada la confianza que había adquirido con mis camaradas no era del caso ocultar tal necesidad, les pregunté:

—Díganme, en estos parajes tan lindos no se han acordado de instalar algún restaurancito, algún sitio donde se pueda tomar aunque más no sea un cafecito con leche... fiado?

Rieron de la terminación de la frase; me explicaron que allí no se podía mencionar el dinero, que provocaba tantas miserias, dolores y hasta crímenes entre los hombres y me dieron una lección naturista sobre la conveniencia de nutrirse con los alimentos en su estado natural.

Les respondí:

—En principio acepto la teoría, pero como no me quiero quedar en eso, les ruego me digan si es que está permitido poner en práctica la función.

Ellas disipaban mi angustia:

—Hombre!, Queguaycito! No te vamos a dejar morir de hambre! Bébetelo con confianza a un grupo de nosotras y cómete unos ubajay, unas frutitas de tala, unas batatitas de macachines y unos sorbos de miel de la que destilan los panzudos camoatíes motosos.

Cumplí, diligente, el programa.

Me dí un banquetazo y me quité un gran peso de encima al convencerme que los tales dioses o el Dios —que eso aún no lo tenía bien dilucidado— que poseían aquel vozarrón tan tremendo, que tronaba cuando uno cometía alguna trasgresión a la **Ley del Campo**, no dejaban de ser excelentes personas siempre que no se les incomodara y que uno comiese sobriamente, lo que correspondía, y en su oportunidad.

El convencimiento de que no me iba a morir de inanición, me llenó de optimismo y puedo afirmar que me sentí inundado de felicidad.

No necesitaba preocuparme de nada.

Casi como una planta, como un animalito, como una piedra!

¡Qué mejor estado espiritual para la contemplación, para el goce y la admiración del hermoso y armonioso mundo en que vivía, para expandir aquella ansia de amor, por todo lo creado, que siempre me había rebotado el corazón!

* * *

Echado en el muelle y fresco tapiz de la orilla del arroyo, reanudamos la plática con mis amigas las transparentes gotas de agua, cuando notando que ellas no tenían necesidad de alzar la voz para hacerse oír, me dí cuenta por eso y por la diminuta sombra que hacía mi cuerpo, que mi estatura no diferiría mucho de la de ellas y que, si me fuera a poner la ropa depositada en la cueva del Zorro, posiblemente me iba a quedar bastante grande.

Tenía que aclarar aquéllo. Tal fenómeno, me informaron, entraba en las derivaciones del acto mágico de mi ingreso a la sociedad de la Naturaleza.

Una condición equivalente al mimetismo me podía hacer cambiar de color, de dimensión y de forma, empinarme a la altura de los más corpulentos árboles, ser líquido como el agua, flúido como el humo, tener las alas de los colibríes o la leve agilidad de los vilanos de los cardos o de los inconsútiles copos de bruma.

Discurríamos sobre esas interesantes novedades, cuando sentimos un tropel en el que se confundían rumor de voces humanas, golpes de cascots y relinchos de caballos, como igualmente múltiple ladrar de perros.

Percibí gritos que se referían a mí:

—¡Queguay! ¡Queguay! ¡Queguaycito!

Y ya desembocó frente al paso del arroyo la íntegra población de la estancia.

Personas mayores y niños, conversaban nerviosos y de su charla deduje que andaban en busca mía y planeaban batidas al monte, la sierra, el campo y las lagunas, decidiéndose dividirse en pequeños grupos para conseguir el éxito anhelado.

La primera tentativa fué la de reclamarme a gritos, a cuyo efecto, por uno y otro lado —haciendo de bocina con las manos para que las voces se oyeran a mayor distancia— me llamaban:

—¡Queguay! ¡Queguay! ¡Queguaycito!

La perrada husmeaba, seguía contradictorias pistas, ladraba inquieta.

Ante el hondo silencio, única respuesta a sus reclamos, comentaban:

—¿Se habrá quedado de gusto o le habrá pasado una desgracia?

—Una rodada no puede ser, porque el petizo volvió a las casas con las riendas atadas y además traía los libros muy bien acondicionados, como para que no se le cayesen.

Otro suponía:

—A menos que con el calor se haya querido bañar y se haya ahogado!

El de más allá deducía:

—Si fuera así ya hubiésemos encontrado su ropa, y, como ven, por aquí no hay ni rastros...

Hablaba un chico:

—¿Y si se hubiera roto una pierna, cayéndose de un árbol al buscar nidos?

Y volvían a menudear los gritos:

—¡Queguay! ¡Queguay! ¡Queguaycito!

A pesar que yo me hallaba escondido entre unas hojas de camalote, temblaba de miedo en el temor de que me descubriesen; me llamaba extraordinariamente la atención que los perros no me hubiesen hallado y echaba de menos no conocer el ensalmo de las palabras misteriosas con que volverme un insecto o un ave para echar a volar.

Las gotitas de agua me tranquilizaron:

—No te inquietes. Está obrando el prodigio. Te protege la **Ley del Campo**. Cuando te decidiste a vivir con nosotras, las inocentes criaturas de Dios, y aprendiste

todos nuestros idiomas, —con solo sacarte los vestidos que te identificaban con los hombres—, con las otras virtudes a que nos referimos, conquistaste el privilegio de volverte invisible al limitado ojo del ser humano, como al de las bestias que están a su servicio.

Estas, porque están más cerca de nosotros, apenas si pueden presentirte.

Los perros, que por poco me devoraban al beber junto a mí en el arroyo, olfateaban, se revolvían desconcertados y gruñían y aullaban como ante una presencia invisible.

Los terutereros revoloteaban, ¡gritando sus protestas ante la violación de sus dominios; las urracas azules increpaban agriamente a los intrusos; los horneros repiqueteaban sus carcajadas y el mirlo y el bichofeo, buriones, clamaban sus bromas y sus silbidos y exclamaciones humorísticas...

Mientras, el agua corría y corría sin poder dejar de reir, viendo la desazón y los inútiles esfuerzos y preocupaciones de los humanos y su cohorte.

Los canes paraban las orejas y rezongaban, erizando el pescuezo y el lomo; los matungos bufaban, escarbaban, abrían grandes los ojos y se espantaban, no obedeciendo al freno, al rebenque ni a las espuelas.

—¡¿Pero qué tienen estos animales!?, se extrañaba la gente.

Y naturalmente, desconfiados, presentían la influencia de algún poder sobrenatural.

* * *

De pronto el cielo se encapotó; el paisaje quedó gris, turbio; el aire pesado.

Se erizaron a un tiempo los pastizales, los juncales, los árboles del monte.

El viento, como un gigante loco, empezó a pegar violentos ponchazos que sacudían las ramas, levantaban nubes de arena y polvaredas de agua.

La maza monstruosa de los truenos retumbó sus golpes en el parche del cielo.

Tropas invisibles galoparon, haciendo temblar la tierra y resonar, como inmensos tambores, los callejones.

Mis buscadores se atemorizaron.

No era para menos.

Supusieron que se desataba una descomunal tormenta.

Yo también lo hubiera creído, si mis amigas no me sacan del error, explicándome:

—Ves, así se pone de manifiesto el inconmensurable poderío de los dioses. Todo esto lo están haciendo nuestros sagrados indiecitos.

Es una batalla emprendida para hacer respetar la **Ley del Campo.**

* * *

Como la comitiva aún no resolvía abandonar el campo, pese a la sorpresa que le produjo el fenómeno de la transformación del límpido día primaveral en fragorosa tormenta, los elementos acentuaron su ofensiva.

¡Roncaron más fuerte bosque, agua, tierra, cielo!

Los truenos cañoneaban sus estampidos intermitentes.

Y la tiniebla terminó por envolverlos en su gran poncho negro y opaco, sembrando el pánico entre la compañía, que en balde se llamaba dando grandes voces, las cuales no podían oírse, porque los dioses las apagaban en pozos de silencio que cavaban vertiginosamente en el aire.

Los perros, ayudados de su instinto salvador, con el medroso rabo entre las piernas, huían aullando.

Los caballos ciegos, encabritados, bufando, mordían el freno, daban briosos tirones procurando arrebatarse las riendas de las manos de los paisanos, quienes —terminando por dejarse ganar por supersticioso, terror— aferrados a las cabezadas de los recados, se dejaron arrastrar en el torbellino loco de una fuga despavorida!

.....

El paisaje empezó a desnudarse de sombra, cual si lo iluminara suavemente la flor de oro de la leyenda.

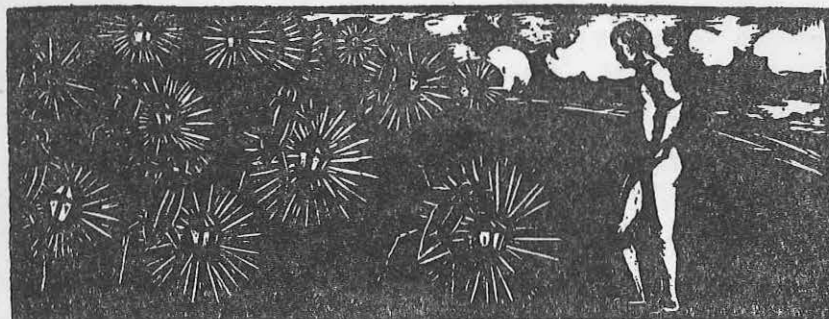
.....

Los hombres, los caballos, los perros, se habían llevado en el alma toda la oscuridad que cayera sobre el paisaje, cual si reclamasen lo que sólo a ellos pertenecía.

.....

Aquello iba a ser ahora uno de esos misteriosos y sugestivos «pasos asombrados», cuya historia no es a veces sino una sencilla lucha de la naturaleza, que se defiende de los intrusos, que, en vez de amarla y respetarla, como corresponde, la martirizan.





V

Cuando constaté que realmente era invisible y que debía ser pequeñísimo para poder alimentarme con cuatro frutas o dormir en un abandonado y sedoso nido de colibríes, fui hallándome más a mis anchas y confirmando el acierto de la resolución de cambio de vida, que trajo por consecuencia tal metamorfosis.

Fuí en busca de mis amigas las gotitas de agua y con ellas marché corriente abajo.

Atravesé ríos y lagunas, crucé bajo frescos y verdes túneles de follaje, saludado por el unánime parloteo de los pájaros; me relacioné con la Tortuga, quien me sirvió de mesa para un nuevo banquete de mburucujaes, pitangas y néctares de flores y, entre tanto, atendía las delegaciones de caracoles, ranas, grillos, guitarreros, toritos, etc., que me presentaban sus bienvenidas y me formulaban diversas invitaciones.

Lo primero que noté fué la paz en que vivían mis noveles relaciones.

Ni el Martín - pescador atrapaba mojarras ni el caburé arrancaba el corazón a los miles de pajaritos que, confraternizando con él, venían a saludarme.

Los carpinchos pastaban tranquilos y los caracoles, sin preocupaciones de que algún intruso se metiese en sus elegantes y redondeadas casas, salían a pasear sin tomarse el trabajo de llevarse de arrastro su residencia.

Había que ver como las hormigas —consideradas tan destructoras y dañinas— junto a su orden y disciplina, conservaban un instinto de selección que les hacía cargar lo que siendo menos perjudicial para los demás, significaba para ellas lo más conveniente para conseguir en sus amplios hormigueros sus honguitos alimenticios.

Nadie destruía nada inutilmente y los que deseaban comer algún cogollito, una fruta, una hoja, un sorbo de néctar, pedían permiso con amable cortesía.

Como yo, es seguro que ellos respetaban la **Ley del Campo**.

Me despedí luego de las gotitas de agua y me interné entre la arboleda, en uno de cuyos claros me encontré con un enorme taller donde estaban fabricando guitarritas de una sola cuerda, para los grillos y pianitos de dos teclas de vidrio para las ranas.

Después pasé a otra repartición donde probaban la luz de millones de diminutos farolitos.

—¿Y esto?, indagué, asombrado.

—Son las linternas de los bichitos de luz, me informaron.

Como caía la tarde irrumpieron de improviso cientos de millares de tales insectos, quienes tomaron sus farolitos, los abrieron para observarlos, los cerraron y luego salieron volando para el cielo.

Una abuelita luciérnaga, que cuidaba de la limpieza de la sala, me dió más detalles:

—Esas son las que tienen guardia.

—¿Y para dónde van?

—Van al fondo del cielo, donde está la noche, a encender las estrellas.

—Ah!, y esas otras que se han retardado?

—Esas quedan en la tierra; son las estrellas aprendizas; jovencitas que bailan alegres —en la primavera y el verano— sobre la frescura de los prados floridos, en las hondonadas tibias y húmedas... Son las que se preparan para el divino oficio de luminarias del cielo.

—¿Y todas se reciben?

—Sí; es lo general... Pero a veces sucede que algunas, faltas de seriedad, demasiado juguetonas y hasta enamoradizas, pierden el tiempo en devaneos, se ponen a hacer guiñadas y entonces se les aplica una severa penitencia...

—¡Mire, mire!, — me sorprendía yo... — ¿Y qué les hacen?

—Las echan del cielo; las sacan corriendo... Tú mismo, alguna noche las habrás visto. Son las estrellas errantes, para designarlas con un nombre que le dan los hombres.

En una de esas un deslumbrante resplandor, una luz

vivísima, me hizo temer que se estuviese incendiando el bosque y trasmití mi aprensión.

Rieron madama Cocuyo, misia Tortuga, el Guitarero Grillo, el ladrador Mampelao y el fruncido Carpincho.

—No se asuste, compañero; eso no es otra cosa que el sol.

—¡El sol!

—Sí.

—¡Y cómo!, ¿quién lo trae?

—¡Supondrás que no somos nosotros! El es también divino, casi como nuestros diminutos dioses. Lo traen y lo manejan ellos mismos.

Entre los árboles y los matorrales, que parecían arder en llamas rojas, carmines, naranja, de claros amarillos, ví como venía rodando bello, magnífico, encandilador, el gran disco de oro y de fuego!

Seres invisibles lo transportaban con todo cuidado. Después lo colocaron sobre un altar de piedras marmóreas y lo arroparon con blandos edredones de nubes negras, que fueron a buscar a los talleres de al lado, para que durmiera y descansara.

La referencia a las nubes picó mi curiosidad.

Cuanto pude, me transporté al curioso taller.

No ignoraba que allí me iba a encontrar con las gotitas de agua, pero mis amigas estaban tan transformadas y tan serias, que si no es porque ellas me chistaron y se dieron a conocer, hubiese dudado de su autenticidad.

Vueltas gasas o plumones o tules aéreos, se diferenciaban bastante de su naturaleza anterior.

No pude menos que decirles:

—Pero cuando suben por los rayos del sol no es al firmamento que van ustedes?

—Sí, pero los días azules tenemos que retirarnos de la atmósfera y como la profesión de nube es una cosa muy importante, nos tenemos que reunir tanto para conservar nuestra agilidad, como para perfeccionarnos en decoración. O te crees que esos estupendos espectáculos de los magníficos y poéticos crepúsculos se improvisan?

¿Y los vuelos y los grandes saltos, los desfiles y las evoluciones?

En efecto, sobre la amplia cancha lisa, desnudas y leves, empezaron a correr y danzar jóvenes nubes rosadas, carmíneas y doradas.

Se lanzaban en carreras veloces cirrus blancos y estratos grises; mientras, paseaban ceremoniosas, graves y solemnes, las matronas nubes oscuras, obesas y grávidas de tormentas y de lluvias.

Vagaban por aquí y por allá otros personajes nebulosos, tan sutiles que parecía que de un momento a otro se iban a desvanecer, y que no tenían otra misión que flotar, en las albas y los atardeceres, sobre el mar, los lagos y los ríos, como temblorosos cendales.

Más lejos, en grandes pizarrones, muy atentamente, nubes discípulas estudiaban dibujo, para después —ayudadas por el viento— crear en el inmenso lienzo del cielo paisajes y fantasmagorías, tropas de animales fabulosos, montañas oscuras, blancas majadas de ovejas, grotescas y raras figuras de seres y de cosas.

* * *

Continué mis fecundas exploraciones y como la señora Tortuga se me ofreciera muy gentilmente para acompañarme, con todo el dolor de mi corazón —pues no quería ofenderla— le hice comprender que era inconveniente su compañía en razón de la lentitud con que marchaba.

Me costó un grande esfuerzo expresarle aquello, pues encubre una evidente mala educación el descubrir y revelar —al interesado— sus defectos.

Me disculpé:

—Sabe, como usted parece que sufre de reumatismo y camina tan despacio... Pero al decirle esto no tengo intenciones de criticarla.

El galápago me respondió:

—No temas que me afecten tus palabras. Mi pausada marcha quizá represente mi mayor virtud. Antes me moví de intento con esta parsimonia y morosidad; ahora lo hago por inveterada costumbre.

Imagínate que cuando Dios creó el mundo y dió a cada uno de los animales, plantas y minerales, sus instrucciones y les enseñó lo que debían realizar en su existencia, le quedaba aun por encargar a alguien el conducir el mensaje del mal a los hombres.

Como contraste de la felicidad, era necesario que existiese la desgracia sobre la tierra y como uno no puede negarse a la función para la cual Tata - Dios nos designa, yo me hube de ocupar de ser la portadora de las malas noticias, de las pestes, los dolores y los accidentes.

Para cumplir de la mejor manera tal misión y tratando de hacer el menor daño posible, resolví dilatar lo más que pudiera mi marcha.

Era fatal que el mal llegase.

Si ese era el destino, lo mejor debía ser retardarlo lo más posible.

Y así, mientras tuve a mi cargo tales ocupaciones, caminé pausadamente.

Hablo en pasado porque sabrás que ya no me ocupo de tales ingratos menesteres, desde que los hombres solos se buscan su mal: comen hasta hartarse o beben cual si hubieran perdido la razón, para procurarse enfermedades; se esclavizan los unos a los otros; destruyen las riquezas naturales para hacer daño a terceros; se mueven guerras feroces para exterminarse; siembran odios, vanidades y orgullos, que los enconan y malquerencian...

Pero de eso yo no soy responsable.

Yo no conduzco esas calamidades ni me presto a esas miserias, sin perjuicio que conservo —por ese adquirido hábito a que me refería— mi lento, inofensivo y calmo caminar.

* * *

Después de presenciar esas inéditas y pintorescas escenas y de visitar tales fantásticos y singulares escenarios, siguiendo mi vagabundaje, me acerqué a un tenebroso rincón del bosque, donde resonaban secos, fuertes y repetidos golpes.

Yo no sé por que los ecos volvían siniestros aquellos rumores y tristes y feas las inmediateciones de esos sitios.

Los follajes temblaban con extraña angustia, no se oían cantos de pájaros y el aire, en otros parajes perfumado por las flores, las hierbas y las resinas, volvíase allí acre, ahogante y desagradable.

Cuando me acercué más, percibí grandes hogueras humeantes y comprendí la razón de los ruidos que escuchara.

Unos cuantos hombres, bastos e indiferentes, armados de filosas hachas, estaban asesinando impunemente a los bellos árboles, eligiendo —por cierto— a los más robustos y frondosos, mientras sus torvos y negros compañeros, los desnudaban de las ramas y los arrastraban para arrojarlos a las enormes fogatas.

Eran leñadores y carboneros, cuyo despiadado oficio imponía a la Naturaleza aquel terrible impuesto de hermosas y fecundas vidas, sacrificadas en aras de los errores de los hombres insaciables y egoístas.

Se había hecho lo imposible por impedir el atentado, pero, desgraciadamente, todo resultaba inútil.

Los humanos no se conformaban con recoger las charuscas, las ramitas secas o los troncos de los vetustos árboles que se morían de viejos.

Y el mismo esfuerzo del mataojo, que si no conmovía a los hombres, los hacía llorar a la fuerza irritándoles la vista, cuando lo quemaban, no conducía a ningún buen resultado.

Se explicaría que los árboles se prestaran gustosos a que de sus cuerpos se recabasen útiles y elementos que sirvieran de ayuda al hombre, pero era absurdo e injustificado que se les sacrificara para hacer fuego y conseguir

carbón, cuando aquello no era indispensable si todos se sometieran a la lógica y sensata **Ley del Campo**.

¿Precisaba acaso yo que se talara el bosque o se hiciese fuego o se quemaran árboles para vivir?

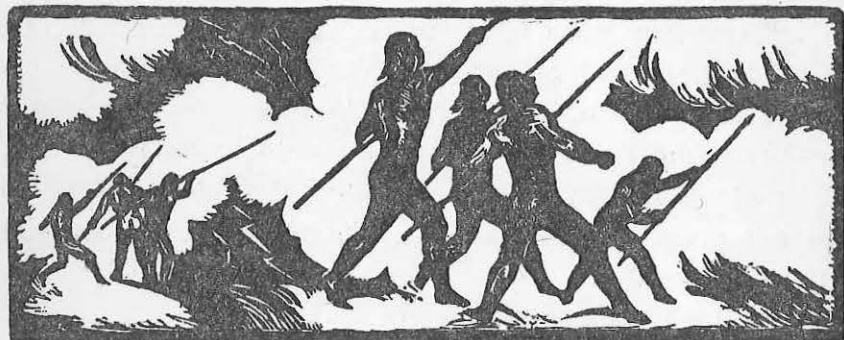
Nó.

Como no necesitaba matar ningún animalito para alimentarme.

.....

Con la sensación de disgusto consiguiente ante tan mala acción y protestando contra mi falta de poder que no me permitía prohibir aquel crimen de lesa vida, me alejé del triste lugar, de la penosa escena del suplicio de los árboles.





VI.

Naturalmente, como yo disponía de este preciado regalo, de estas diez herramientas hábiles de los dedos de nuestras manos —con las cuales el hombre ha realizado las infinitas maravillas del progreso y de la ciencia— podía ayudar en innumerables trabajos a mis amigos, contribuir a sus cuidados, a evitarles peligros y enfermedades, como así mismo a atenuárselas.

Ellos me lo agradecían, me lo compensaban con atenciones y regalos y me concedían —lentamente— su íntegra confianza.

Multiplicaban los homenajes y los honores, así como las fiestas y los paseos, que me resultaban tan fáciles como amenos.

Por el privilegio que me daba la **Ley**, al vivir en el respeto de la Naturaleza y por la enseñanza y aleccionamiento de mis camaradas, me fué concedido participar

de sus atributos, condiciones y ventajas. Me fué hacedero andar por el agua como los peces, por el aire como los voladores —insectos o aves— como así mismo el internarme bajo tierra, al igual de los tucu-tucos y demás roedores, que habitan cuevas, túneles y galerías.

Fué entonces cuando aproveché para solicitar, a quienes creía mis más adictos amigos, me explicaran el curioso secreto de los fabulosos indiecitos, a los cuales ellos dedicaban culto e idolatría de Dioses.

No fué fácil ni espontánea la decisión de acceder a calmar mi insistente curiosidad.

Presentía un propósito de no revelar los misterios sagrados.

Existía, quizá, el temor de que se divulgasen las confidencias. Pero yo me había conquistado en tal forma su fe y su simpatía, que no faltó quien —considerándome de la gran familia— terminara por ceder y, luego de suplicar a alguien, que supongo sería la suprema autoridad, autorizados a hacerme las revelaciones, que era lo mismo que iniciarme en la esencia de sus mitos y sus creencias, me dieron la clave de la hermética y extraña teología.

Los mentados indiecitos no eran otra cosa que la personificación o concreción de los pensamientos, las ideas, los anhelos, los sueños, la voluntad del gran Dios bueno de los antiguos pobladores autóctonos de nuestro terruño.

Era, pues, la innumerable prole y, al tiempo, el mismo Tupá, el magnífico y generoso dios del bien.

Como Él no podía asistir personalmente a las miles de funciones que le exigía el cuidado, la vigilancia, la

atención amorosa, de su vasto mundo americano, corporizaba su volición, sus propósitos, en miriadas de personajes liliputienses, que interpretaban, representaban o ejecutaban sus deseos.

En el fondo, quien realizaba era la sabiduría y el amor de su alma y la fuerza sagrada de su pensamiento.

Pero, para evitar complicaciones, Él no sólo decía:

—Ordeno que llueva. Mando que haga frío o calor. Quiero que se desate una tormenta... Sino que, al pensarlo, generaba sus diminutos, incontables hijos, que iban —materialmente— a realizar la obra.

Como descendientes de Él, eran hechos a su imagen y semejanza e idénticos a los antiguos indios, nuestros antecesores.

Sus cuerpecillos eran de oscuro y resistente bronce, sus cabellos lacios, largos y renegridos; los anchos rostros poseían la nobleza de la nariz aguileña, el rasgo enérgico de las bocas finas y los oscuros ojos, inteligentes y, aunque pequeños, de aguda mirada penetrante.

Andaban desnudos, con las melenas sueltas y perennemente armados en guerra; con lanza, arco y flechas, algunos; con mazas pesadas y bolas de piedra arrojadas los otros.

Les eran necesarios estos elementos, porque si debían hacer llover, era preciso agujerear con finas puntas las panzas de las nubes; si formar una tormenta, volar a millones, levantando tierra, arrancando hojas y ramas, colgándose de los gajos de los árboles y armando una infernal algarabía para que los hombres se asustaran y

comprendiendo, temerosos, el poder de la divinidad, le rindiesen la adoración que se merecía.

Así las mazas les servían para pegarles en la cabeza, en los riñones o en la espalda a los hombres y provocarles dolencias y enfermedades.

Yo me enteraba de todo eso, pero a pesar de que tenía fe en lo que me informaban, sucedía que como los famosos indiecitos me resultaban absolutamente invisibles, no podía —realmente— jurar que existiesen.

Mis amigos me repetían:

—Pero no viste como trajeron el sol y se lo volvieron a llevar a la hora de su salida?

Quiénes —si no ellos— hacen el calor, el frío, las pestes, las guerras, las tormentas, las nieblas, la noche, las flores y los frutos?

Quiénes ponen en el pico de los pájaros el canto y la maternal ternura hasta en las fieras?

Quiénes endulzan la miel de los camoatíes e hinchan los sabrosos higos de tuna?

Y continuaban enumerando las fatigas y los trabajos de los todopoderosos cuanto incansables enanitos.

Yo, con toda precaución, y bajando la voz, les hice mi reservada confidencia:

—No me atrevo a negar nada de eso... pero como no lo veo...

Alrededor mío, abajo, arriba, en el aire, bajo tierra, en los árboles, estalló una múltiple risita burlona, que me cuidé mucho de comentar, no fuera a ser que, en vez de pifiarse, los señores esos se enfadaran.

Entre tanto las gotas de agua, que me reprendían

por mi escepticismo y mi carencia de credulidad, me indicaron un procedimiento para que saliese de dudas.

—Corta una cañita hueca —me aconsejaron— y en su extremo más ancho, afirmada con cera de algún panal de miel, sujeta el cristal de una hermana nuestra y observa por ahí.

Construí el rudimentario aparato, lo adapté a mi ojo, y se produjo el milagro.

Pese a lo infinitamente diminutos que eran los diosecillos, alcancé a descubrirlos, por millares de millones, en todas las cosas que miraba.

En minúsculos y formidables ejércitos, los indiecitos se agrupaban, se diseminaban, iban y venían, afanados en sus distintas y complejas tareas.

Constaté además la facilidad con la cual realizaban esfuerzos enormes siendo tan chiquitos y tuve una clarísima evidencia del adagio de que la unión hace la fuerza, como de que la voluntad todo lo puede.

Había que ver el estupendo despliegue de energías realizado por aquel mundo de átomos infinitesimales, convergiendo en cualquier propósito.

A semejanza de las menudas hormigas, que ayudan a sus compañeras para superar las dificultades de arrastrar una carga demasiado pesada o a realizar cualquier otra engorrosa tarea, mis observados se multiplicaban para volverse la bella y poderosa fuerza de una ejemplar solidaridad.

Yo, pobre de mí, ignorante e insignificante Queguaycito, ante ese hecho, no podía menos que meditar, que reflexionar cuánto bien, cuánta felicidad y cuánta

dichosa armonía conseguirían los hombres —tan grandes y tan torpes— el día que imitaran ese noble apoyo mutuo, capaz de todas las realizaciones.

* * *

Tanto era el interés que me despertaba el nuevo mundo, a cuya especie de alborada estaba asistiendo, que no me había preocupado de un acontecimiento inesperado que se desarrollaba ante mis ojos.

Consistía éste en la llegada de diversos camiones y carros, conduciendo las carpas de campaña, el material y los útiles de trabajo de una colonia de ingenieros, acompañada de una treintena de peones, que venían a instalar su campamento en las inmediaciones del sitio donde yo me encontraba.

A juzgar por la forma de tomar posesión del terreno, de afirmar las sólidas y claras carpas de lona —de apariencia de palomas posadas levemente en el suelo— de la cantidad de enseres que descargaban, hasta de la instalación de maquinaria para producir luz eléctrica, aquella gente contaba con permanecer un dilatado espacio de tiempo en el paraje.

Noté que los inesperados habitantes no se preocupaban sino de la finalidad práctica que perseguían, no parando mientes en el encanto, en la belleza o en el espíritu de lo que alentaba a su alrededor.

No existía para ellos sino la libreta de sus cálculos y sus medidas, los teodolitos, los sextantes, las altas reglas graduadas o la pesada cadena, que ha de arrastrar un peón —sin contemplación alguna— arrasando las

hierbas, destrozando los pastos y el cedrón o el trébol de olor, que, a pesar de ser martirizados, perfumarían agradablemente el ambiente.

No se cuidaban aquellos señores del sitio donde colocaban el pie, calzado de fuerte y ruda bota, que profanaba, ya un manojito de margaritas rojas, de azules santalucías, de flores de azúcar o destrozaba un nido de pajarillos.

Grande algarabía levantaban las plantas holladas y los bichitos heridos y mutilados y ésta culminó cuando, tras una orden de los bárbaros invasores unos cuantos fascinerosos con apariencia de seres humanos, desenvainaron sus pesados y filosos machetes y la emprendieron —sin compasión— contra los árboles y los matorrales, tratando de practicar una senda a través del bosque.

Los ingenieros, insensibles a los reclamos, a las protestas y sufrimientos de la Naturaleza, sordos a sus dolidas voces y quizá hasta incapaces de sentirla y amarla, continuaban indiferentes, mientras, primero con los rayos del sol y luego con las miasmas del bañado y las lancetas de tábanos, bichos colorados, jejenes y mosquitos, se defendía el paisaje del desconsiderado ataque.

Yo notaba que los diosecillos se movían desasosegados e inquietos; que iban y venían incesantemente, planeando sus maniobras y sus emboscadas y, por momentos, se ponían furiosos contra los invasores.

Azuzaban a las hormigas bravas; les golpeaban rostros y manos con nubes de zumbadoras y venenosas moscas verdes; alzaban raíces del suelo para hacerlos trope-

zar o bajaban guías de enredaderas espinosas para arañarlos.

Luego fueron a buscar al viento norte, que se vino con una espesa cortina de polvo y un aliento de fuego, con los que hostigaba a hombres y bestias.

El viento —aleccionado a tal efecto— les sacudía con bárbara violencia las carpas, arrancándoles algunas de sus estacas, volteándoles los aparatos, haciéndoles volar planos y hojas escritas, volviendo borra la tinta de los tinteros; llenándoles los ojos de tierra y estrangulándoles las gargantas de sed.

—¡Qué campos llenos de malezas! ¡Cuánta insoprible sabandija! ¡Qué tiempo de porquería!, mascullaban rabiando los hombres y el viento dale a pegarles manotazos, a arrebatárles los sombreros, a silbarles —con la voz de las víboras furiosas— sus amenazas en los oídos.

Los intrusos insistían, testarudos.

Se hacían ilusiones:

—Esto pasará...

Bebían y bebían agua y transpiraban copiosamente, con los ojos ardientes y las fauces secas.

—Cuanto descargue el tiempo esto se arregla... Esperemos que no dure mucho este viento norte...

Entonces los pequeños dioses que reataban ígneos rayos de sol alrededor de la frente de los hombres desesperados y que les hacían estallar los termómetros y los barómetros, volaron al cielo y empezaron a empujar montones de nubes grises y negras, las hicieron descender hasta dejar oscura la atmósfera, hasta volver sofocante y casi irrespirable el aire, y en una de esas todos al tiem-

po, dando la sensación del trueno, lanzaron los gritos de guerra:

—¡Bu - Bu - Bú! ¡Bi biujujú!, y dispararon millones de flechas, que produjeron en las nubes los agujeros por los cuales empezó a precipitarse una lluvia gruesa y caliente, que la tierra recibió con el júbilo de una densa humareda capitosa.

El viento arreciaba.

El arroyo, también enojado, empezó a hinchar el lomo y a no caber entre sus barrancas, mientras los diosecillos cavaban vertiginosamente desagües y canales para que las aguas inundasen y arrastrasen las carpas, ya mojadas y lacias.

—¡Mire qué tiempo!, repetían los hombres empapados y sucios, chapaleando agua y barro, desesperados, furibundos, al constatar que se les echaban a perder los aparatos, que se les perdían planos, libretas y apuntes, tratando de salvar algo, pues la inundación amenazaba arrastrarlo, cubrirlo, devorarlo todo.

Hasta que sucedió lo que correspondía.

A prisa, engancharon a los carros los pocos caballos que no habían huído; pusieron en marcha los motores de los autos a los cuales aún no habían inutilizado las barrosas olas que subían incesantemente, y huyeron con lo que les fué posible salvar.

* * *

Y nosotros, plantas, bichos, árboles, agua, elementos, confundidos con los diosecillos, que lanzaban carca-

jadas homéricas, quedamos riendo largamente, jubilosos, alegres, felices, por el definitivo triunfo!

Ahora era preciso corregir, en lo posible, los destrozos causados por los intrusos.

Los indiecitos se pusieron a la tarea.

Compusieron las plantas mutiladas, curaron a los bichitos heridos, agregaron hojas y flores a los yuyos, y refaccionaron unas cuantas aéreas casas de aves, pues éstas no podían estar dilatando el momento de reorganizar sus hogares, desde cuyo refugio tibio pronto volvieron a entonar sus trinos melodiosos.



VII

Esa gentecilla, que sin embargo, es tan importante, y a quien no denomino así con un propósito despectivo, sino en razón de sus proporciones diminutas, cuando —como le era muy fácil— leyó en mi alma mi entusiasmo y mi consecuencia por mi nueva vida, se hizo también muy amiga mía.

Obtuve por fin la explicación del proceso de mi aprendizaje, como del resonar de los estentóreos gritos con los cuales me impidieron que me hartase de salobres flores de macachines, de frutos silvestres o de la agradable y embriagadora miel de las abejitas negras.

En realidad —según me parecía— era difícil que me ocultaran algo, pues yo me ayudaba de mi escrutador aparatito del tallo hueco y la gota de agua. Sin embargo, hube de confesarme luego, que no era éste tan poderoso como para descubrir los designios, las infinitamente minúsculas reacciones de su almas.

Ignoraba, por cierto, cual era su concepto del bien y del mal, dado que encontraba criticables algunas de sus acciones.

Eso de pretender ahogar a los niños que se metían en el agua, se me ocurría exagerada e inútil crueldad.

Aprobaba lo de los ingenieros, porque hay que dar una lección que sirva de escarmiento a los que no saben amar a la madre Naturaleza, pero era excesivo celo producirles calambres a los nadadores, cansarlos subiéndoles al torso, las piernas y los brazos y tirar desesperadamente para abajo de los cuerpecitos de los chiquilines, que encuentran un delicioso goce en sus juegos en el arroyo.

En su trato conmigo, se ponía en evidencia la preocupación que tenían en detallarme minuciosamente los pormenores del mundo en el que actuábamos, suponiendo que algún oculto propósito debía existir en aquella vehemencia fervorosa, con que me hacían conocer, admirar y querer la hierba, el pájaro, la piedra, la estrella y las ínfimas y múltiples manifestaciones de las humildes existencias que pululaban a mi alrededor.

Conjuntamente con eso empecé a apreciar el formidable sobrenatural poder de mis amigos. Siendo tantos, e invisibles, eran capaces de realizar lo que se proponían.

Imaginé los portentos, los prodigios y las maravillas de belleza y de amor, que podrían hacer si polarizasen en el bien su potencia, pero estimando el método y la pasión empleados en la venganza contra los invaso-

res, calculé —con terror— el inmenso mal con que podrían aniquilar a sus contrarios o a sus enemigos.

Hasta llegué a temer por la civilización, dado que los diosecillos de marras, estaban demasiado apegados a las tradicionales costumbres de la raza y no se caracterizaban por la simpatía a los hombres blancos y a sus obras de modernidad y progreso.

De ahí dimanaba el que no tuvieran reparo en hacer un irreflexivo e incorregible daño a los puentes, a los caminos, a las calzadas y a las mismas habitaciones de los humanos.

Resistiendo a solidarizarme con esa criticable xenofobia, me prometí andar con mucho tacto y disuadirlos, si me era posible, de alguna peligrosa tentativa de sabotaje contra mis prójimos.

Los diosecillos menudeaban sus reuniones y conciliábulos, no perdiendo oportunidad de demostrarme su afecto y su inclinación a mí, y considerándolo una deferencia, me anunciaron el proyecto de efectuar —en mi compañía— una serie de excursiones por la República. Me agregaron que, después de ello, y luego de terminada una especie de iniciación de amoroso conocimiento del Terruño, me iban a hacer importantes confidencias, enterándome de trascendentales secretos, relacionados con nuestro porvenir.

Entre tanto no descuidaban su permanente acción destructora, valiéndose de todos los medios y hallando aliados en los elementos naturales y en el tiempo.

Eran ellos quienes cargaban de sueño los ojos de los conductores de vehículos para hacerlos desviar en su

ruta, tratando de precipitarlos en zanjás, puentes y barrancos.

Ellos los que, conservando la humedad de las lluvias o del rocío, herrumbraban los tornillos de las vías férreas y los hierros de las construcciones, para que se destruyesen.

Los que ahondaban los baches de los caminos, daban apariencias de pasos buenos a la traición de los barriales que esconden los agotadores «peludos» y preparaban accidentes a los automóviles, secándoles el aceite, quemándoles las bugías o pinchándoles los neumáticos.

Cuando las cosechas, recalentaban al rojo los motores de las trilladoras, les evaporaban la nafta y el agua, les apartaban las poleas de las ruedas y alzaban un polvo espeso y cegador que agotaba a los trabajadores.

Golpeaban las llantas de las carretas y las aflojaban; hacían gemir los ejes y se enracimaban en las patas de los caballos, de las pobres bestias, que tenían que soportar con el peso de sus cargas, los golpes y denuestos de sus amos.

* * *

✕ Por cierto que los viajes que realizamos fueron muy divertidos y amenos y en ellos pude familiarizarme con los campos de Artigas, con sus subsuelos ricos de amatistas, de ágatas, de piedras brillantadas; sus bosques llenos de árboles y flores casi tropicales y sus ríos y arroyos ostentando eufónicas denominaciones guaraníes. ✕

Corrimos las colinas y las praderías del Salto, donde aun pastan los gamos ágiles y los ñandúes gambetean-

tes; gozamos el perfume de azahar de sus naranjales famosos y el espectáculo sonoro de las hermosas cascadas del Salto Grande del Uruguay, que tira un collar de piedra sobre la onda azul del Río Padre, uniéndonos fraternalmente con la Argentina.

✕ En Paysandú, abundante de pastos para los ganados, vimos más acentuada la labor del hombre con los alfalfares de lindas flores violeta y las praderas de oro de los espesos plantíos de girasoles, que anuncian la existencia de las prolijas y fecundas colonias de rusos. ✕

Como en el Salto, laboriosas canteras de granito, vimos en Paysandú los hornos, donde se fabrica la cal.

Río Negro, Soriano y Colonia, a lo largo del ancho Uruguay, lucen sus tierras pródigas, donde florecen los cultivos, que ya muestran un exuberante campo de maizales o una inmensa alfombra de lino, que, cuando florece, tan dulcemente azul, da la sensación de que la tierra madre tiene a un cielo niño en la falda!

Con leves diferencias, por todos lados las costumbres son idénticas.

Los anchos predios solitarios, las tristes tierras que parecen abandonadas, alguna estancia entre una guardia de follaje y los ranchos humildes, oscuros, encogidos como un animalito que se ha echado a dormir...

Algún caballero, trotando por los callejones...

Alguna que otra escuelita perdida, abandonada a la influencia de los dioses nefastos, que cercan de tristeza y escepticismo a la maestría aislada del mundo...

Flores, San José, Florida, Durazno... Alternando con los campos poblados de ovejas, de toros, vacas y

caballos, los cultivos, las plantaciones de árboles: claros tranquilos, frescos —como remansos— los sauces, los álamos, los mimbres; oscuros de un sombrío y bello azul, los escasos pinares y los multiplicados eucaliptos, incensarios enormes, que emanan tónicos y perfumados efluvios.

Haciendo complicados arabescos se repiten los ríos, los arroyos y las cañadas, refugios de zancudas y palmípedas; morada de lobos, de carpinchos y de nutrias de cueros preciados... Ondulaban en las márgenes de aquellos los montes llenos de aves, desde las cotorras vocingleras a los jilgueros —oro y ébano— pequeñitos y cantores.

Tacuarembó nos enseñó sus sierras abruptas y sus valles de florida dulzura idílica; Rivera sus feraces tierras y la entraña opima de su pecho donde abunda el oro.

Cerro Largo y Treinta y Tres, participando de plácidos campos, de pintorescas cuchillas, de cerros caprichosos, con caudalosos ríos, alimentando desde la flora autóctona al naranjo y la yerba mate y de los limonares al arroz, que ama los terrenos bajos y anegadizos, nos sedujeron con la poesía de su fino y tamizado color.

En nuestro peregrinaje, frecuentábamos los fogones criollos con sus cordiales ruedas de mate amargo y sus cuentos ingenuos y coloridos; las típicas escenas de las pulperías; las reuniones bajo las enramadas clásicas, donde no faltaba el asador que doraba un costillar cerca del fuego fuerte y la guitarra criolla que entre los brazos de un gaucho payador, gemía armoniosamente todo el heroísmo, todo el dolor o toda la poesía de la raza!

Las estancias nos exhibían la estampas de las do-

mas bravías, de las yerras bárbaras, de las carreras movidas, con su público heterogéneo y sus quitanderas alegres.

Las fiestas campesinas nos enseñaban sus bailes y sus corridas de sortijas.

Pero no era esto lo que más agradaba a mis amigos, que apenas si me dejaban gustar el dulzor de su encanto.

Era evidente que ellos querían ir a lo más puro, a lo más esencial, a la tierra, al indio!

.

Lavalleja y Maldonado, uno mediterráneo, otro ya marino, bañado por el Río de la Plata —que ya recibe el salobre beso del océano— nos mostraron sus sierras hermosísimas que, aparte de su belleza panorámica y sus excelentes aguas minerales, celan canteras de coloridos granitos, de pórfidos, de mármoles preciados y minas de plata, de cobre, de plomo...

Canelones, laborioso y fecundo, que bien puede simbolizarse con el labriego sencillo, honrado y tenaz en su amoroso culto a la tierra, nos exhibió sus trigales dorados, sus viñedos ingentes, sus tabacales de anchas hojas, sus vastos plantíos de árboles maderables y frutales.

Y Rocha, la de los tranquilos horizontes, el maravilloso encanto de su paisaje decorativo, con anchas lagunas serenas, con el magnífico océano azul y la gracia de sus palmeras de una armoniosa y elegante euritmia.

No dejamos de apreciar las azuladas serranías y los esteros de verde tan fresco y acogedor, hasta volverse asilo natural de patos, gallinetas, mirasoles, cirujanos,

Juan - grandes y esbeltas y bonitas garzas blancas, grises y de hermosísimo plumaje rosado.

Y como los indiecitos acentuaban el interés de que yo apreciase la importancia de su raza, me hicieron detener largamente en la Fortaleza de Santa Teresa, en cuya mole y en cada una de sus grandes lozas de granito —magistralmente labradas— perdura aún el espíritu de los indios, cuyo esfuerzo, cuya vida, cuya fatiga, se gastó en su construcción, con el mismo heroísmo callado y humilde, con el cual se sacrificaban en las cruentas guerras, en defensa del Terruño.

A pesar de haber pasado cerca —en idas y vueltas y revueltas— no nos habíamos detenido en el minúsculo departamento de Montevideo, quizá para que su importancia y su magnificencia culminasen dignamente nuestra gira de conocimiento de la República.

Pero esa tardanza obedecía a más singulares razones. Pese al desarrollo fabril, al perfeccionamiento que todo adquiriría en la metrópoli y sus adyacencias; a la intrincada red de caminos, a los enormes almacenes, a los frigoríficos monstruosos; a la malla de vías de la estación terminal de los ferrocarriles; a su amplio puerto cuajado de embarcaciones, de barcos mercantes y de transatlánticos;

A pesar de que la ciudad era hermosa, con sus calles lisas y pulidas, sus plazas y paseos cuidados, su alta edificación que, al anochecer se vestía con las luces de artificio de toda su iluminación y sus reclames;

A pesar de su tráfico intenso y animado, de sus vidrieras llamativas, de sus habitantes despreocupados y

alegres, a lo cual se agregaba el encanto de sus playas tranquilas, en cuya falda de dorada arena moría en un desmayo de ternura la onda verdiazul...

Pese a todo eso, yo notaba que mis amables acompañantes rehuían un contacto demasiado dilatado con ese verdadero foco de civilización de nuestra capital y terminé por suponer que aquello obedecía a que Montevideo, por ese mismo afán de modernidad, de futurismo, de extranjerizarse, era lo menos nuestro, lo menos típico, lo menos característico de nuestra tierra, y contra tal actitud reaccionaban —aunque no lo manifestasen— los diosillos autóctonos.

Yo, por haber estudiado su idiosincracia y comprobado sus convicciones —que respetaba aunque no las compartía— no me atrevía a expresar que me gustaba la metrópoli y que, en realidad, me estaba enamorando de ella... De su ambiente tibio y cordial, de sus calles flanqueadas de árboles —entre los cuales se habían deslizado algunos ejemplares indígenas— de sus fondos azules, de su bahía de plata, de sus costas, hasta de su mismo Cerro que, por ser pequeño y a pesar de ostentar su orgullosa fortaleza colonial, está expuesto a ser dominado por ese ejército de casitas blancas que, desde su falda, se han lanzado, lenta y tesonosamente a su conquista.

Yo hubiera querido alargar mi visita a Montevideo. Los dioses, muy discretamente, me lo impidieron.

No creyeron estar obligados a darme explicaciones.

A alguno le oí decir:

—¡Huele mal!...

* * *

En nuestra comoda vuelta hacia mi pago, desenredaba en el recuerdo la cinta del film de nuestro fecundo viaje y recapitando intentaba explicarme la insistencia de mis guías en invitarme a efectuar dilatadas estancias en los sitios más pintorescos de nuestras giras.

Recordaba los amanecerse entre los palmares; los conciertos crepusculares de sabiás, cardenales y mirlos en los umbrosos bosques de Arazatí; las doradas y calmas tardes en las frescas abras de las azules serranías minuanas, en las anchas playas de los ríos o en los acantilados o las claras arenas de las costas de Maldonado y Rocha...

Las mañanas del Uruguay majestuoso, mientras saltábamos entre sus rocas o en la cascada de mi tocayo el río Queguay; en el hinchado Olimar, en el Tacuarí, padre de las lanzas, en la Laguna Merim, en las frías vertientes del Santa Lucía, junto a los pétreos paredones grises, coronados de claveles del aire blancos y rojiazules de los cerros de Arequita...

Repito que era singular el afán que tenían en que yo conociese a fondo y por los cuatro costados nuestro territorio, en que intimase —si así puede expresarse— con su fauna con su flora, con sus elementos geológicos y meteorológicos...

Era evidente la insistencia con que procuraban convencerme —y yo no dejaba de mostrarme propicio a tal propósito— de que eran magníficos, dulces y bellos nuestros paisajes, sobre los cuales triunfaban gloriosamente los más dorados, los más rojos, los más fantásticos ocaos y los más diáfanos y luminosos amaneceres.

Cantábanme la hermosura excepcional de nuestros árboles, desde el frondoso ombú o el transparente cinacina, al lujo del ceibo —curvo bajo el milagro rojo de sus flores— a la leve, aérea gracia del manojito azul-lila del jacarandá en flor o al espinillo, enorme pompón de oro, cuyo aroma delicado, ellos llevaban como un precioso regalo —leguas y leguas— en redomitas de aire.

Y luego, los pájaros, continuaban:

—¿Canta alguno tan sentidamente como el zorzal? ¿Es tan cristalino y armonioso algún gorjeo como el de la calandria? ¿Existirá quien pueda acercarse a la música fina de la flauta del mirlo?

¿Y su belleza y su gracia y sus colores?

¿Podrá igualarse la joya diminuta de relucientes y metálicos tonos del colibrí, picaflor o tente en el aire? ¿Parecerse algún ave a una flor encendida o a un escarlata corazón que vuela, como el churrinche?

¿Y en los colores?

Toda la paleta está vibrante, en las plumas y en las alas. Azules de los cardelanes, urracas, rolinas; naranjas del cambia-color; esmeraldinas de las cotorras y los loros; blancos inmaculados de las viuditas; azafranes y oro de los pecho amarillos, los carpinteros, los mistos y dorados; rojos de los federales, de los capitanes y de los penachos de los cardenales y ese alarde polícromo del naranjero o siete colores, que parece que se ha zambullido en el prodigio luminoso y deslumbrador de un arco iris y ha salido teñido con todos los matices del prisma!

Y después la elegancia de nuestros biguaes en el vue-

lo, de los teruteros reales en el andar, de la gallineta de rojas patas en su fuga.

Y dónde hallar arquitectos más hábiles para construir sus nidos, desde el hornero, que lo fabrica con barro, al espinero que lo vuelve inexpugnable, al boyero que lo teje de crines o de sutiles hebras vegetales?

No contentos con exhibir dichos tesoros, me enseñaban las flores: los taxes, los mburucujaes, los flecos de plata, las margaritas de los campos, el lis de los bibíes, los lirios salvajes, la seda delicadísima de las flores de tuna o el tirso azulado de los camalotes, que se mecen en las ondas de los arroyos o en las lagunas remansadas.

Luego elogiaban mis amigos los atributos y virtudes curativas de los yuyos, de la zarzaparrilla, del yantén, de la congorosa y la malva; de la cola de caballo, de la de zorro, de la cepa y el cipó - milón. . .

Más tarde enumeraban los animales. El tatú sabroso, la nutria tímida, el lobo de río de piel preciosa, el lagarto que posee una grasa especial para los dolores, el zorrino y los gamos elásticos o sus primos los ciervos de florida cornamenta decorativa.

No dejando de mencionar nuestros peces, nuestras aguas medicinales, los aires salutíferos, los sitios de clima amable en la crudeza del invierno o en el bochorno del estío. . .

Ese largo y rico poema de exaltación de las excelencias de la patria de los diosillos indios, terminó por transformarme en un ferviente adorador de sus bellezas, sus tesoros, sus virtudes y sus atributos y, viéndome en ese estado de ánimo, convencidos ya de tenerme defini-

tivamente conquistado para su causa, se confiaron:

—Oye, Queguay, te vamos a hablar como a un indio, como a uno de los nuestros, como a un hermano. . . Te hablaremos así, seguros de que participarás de nuestras ideas y, especialmente, en la convicción de que no nos traicionarás!

—¡Yo, venderlos!, exclamé indignado, se puede decir horrorizado de que me supusiesen capaz de tal felonía, de tan censurable acción.

—Bueno, sí, confiamos en tí, me tranquilizaron, y me enteraron de la novedad verdaderamente terrible de que pensaban recrudecer su sorda e implacable guerra para expulsar definitivamente a los hombres blancos de nuestro territorio!

Como primera medida habían enviado emisarios para que, no sólo durante siete años, sino continuamente estuvieran arreando hacia el Uruguay inmensos ejércitos de langosta, para que se devoraran todos los sembrados, los pastos y bosques y las cosechas de los enemigos.

Tras el acridio, vendrían los bichos moros, la iguana, el tambeyuá, los frailecitos, las chinches malolientes.

Entre tanto espantarían las nubes, harían más agudas las flechas de fuego del sol y unas sequías espantosas rajarían la tierra, secarían ríos y arroyos, sembrando las cuchillas y el bajío con los esqueletos del ganado; haciendo caer en las tardes incendiadas, sobre las poblaciones enloquecidas, las bandadas de negros y siniestros cuervos, de chimangos y de caranchos, de lechuzas y de buhos, que llevarían pestes y enfermedades.

Aprovechando las chispas de las locomotoras, soplan-

do sobre las brasas de los fogones, que encienden los gauchos para preparar su mate o sus asados, propagarían incendios de pajonales, de montes, de ranchos, de granjas y, si posible fuera, de ciudades.)

Yo, verdaderamente aterrado ante la trágica perspectiva de aquella oscura e indetenible amenaza, no sin temblar de miedo, intenté hacer una defensa de los uruguayos actuales, que consideraba con tanto derecho a vivir aquí como lo tuvieron en su tiempo los antiguos orientales o los charrúas, los yaros, los minuanes, los arachanes, y expresé que los habitantes de hoy hacían —además— muy bien en servirse del progreso y de los adelantos que facilitaba la civilización para vivir más agradable y confortablemente.

* Como ellos me oían con cierto estupor desconcertado, a mí se me ocurrió que, gracias a mi elocuencia, los estaba convenciendo, ganándolos —si así puede decirse— a la causa de la cultura...

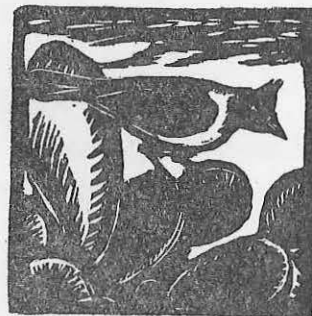
Insistí en que la luz eléctrica, el ferrocarril, las aguas corrientes, el aeroplano, la radio, el teléfono, el telégrafo, la misma higiene, habían colocado al rey de la creación en el dignísimo lugar que le correspondía, el que tenía la obligación de mantener. *

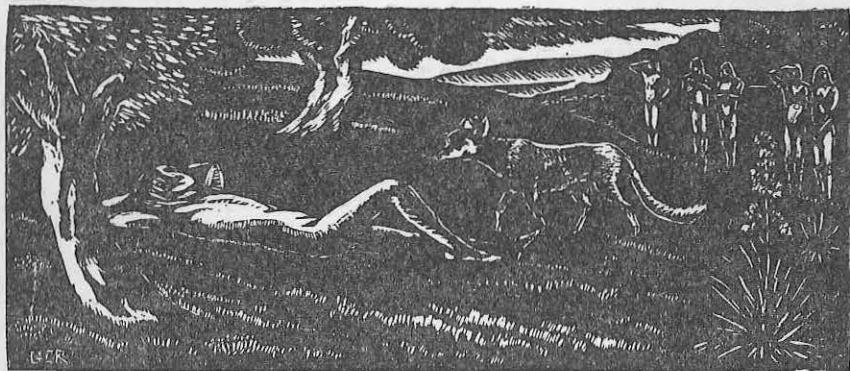
Es más, debía superarlo, poniendo a contribución su inteligencia investigadora y creadora.

Después tejí el elogio del abecedario, del maestro, de la imprenta.

Y para cerrar dignamente mi ditirambo al Progreso,

encarecí la importancia del libro, suma y compendio de las conquistas del género y del genio humano, cuyo uso nos honra y nos eleva!





VIII.

Terminé mi discurso, muy satisfecho, sin imaginar lo que me aguardaba.

¡Qué equivocado estaba en cuanto al silencio que guardaban mis liliputienses oyentes!

Ingenuo de mí, exponiendo así tan libre y explícitamente mi pensamiento!

Es que yo no había aprendido a conocer a fondo a los dioses y además —es posible— que, con mis tiernos recuerdos del pasado, conservase muchos prejuicios sobre mi vida anterior...

Su expectativa —que yo interpreté como un signo de aprobación— no era sino el asombro que les causaba mi audacia.

Y lo más notable es que en vez de encontrar en ellos una decidida resistencia, de hallar una oposición a mis

frases, en lugar de refutárseme mis conceptos, los diosillos, que tras el explicable titubeo, no pudieron contener sus bárbaros impulsos, empezaron en unánime furia a golpearme con sus mazas, a largarme bolazos descomunales y a asaetarme con sus flechas y lanzas que, aunque pequeñas y al parecer inocuas, como eran tantas, tantas, me cubrieron de sangre y dieron con mi pobre humanidad en tierra!

No pudiendo soportar los dolores, tanto como temeroso de la muerte, pues notaba como decrecían mis fuerzas a medida de acentuarse la pérdida de sangre, encontrándome literalmente cubierto de indiecitos —como un ratón acosado de hormigas— y dándome cuenta que toda resistencia sería completamente inútil, pues hasta ahora no conozco ningún caso en que un mortal pueda luchar y salir victorioso en una batalla con los dioses, resolví capitular...

Grité pidiendo cuartel, rogando me perdonasen y cuando atenuaron aquella gran paliza, me apresuré a jurarles:

—Magníficos e infalibles señores dioses, todo ha sido una broma! Pero no notaron el tono de ironía con qué me expresaba? Mi error ha consistido en considerarlos a ustedes personas capaces de jugar con estas cosas, que no tengo inconveniente en estimar tan trascendentes y respetables! Eran bromas... Un vicio que traje de mi convivencia con los hombres, que son tan ligeros de cascos...

Bromitas, saben, les repetía, proponiéndome congratarme con mis... verdugos.

Glosé aprobatoriamente sus conceptos de que las casas de los hombres eran insalubres, malolientes y feas; sus vestidos absurdos e inmundos; disparatada su manera de comer y bárbaros sus criminales alimentos, basados en los crímenes más traicioneros y feroces, como una verdadera y descomunal ignominia aquello de obligar a los niños a que mirasen —hasta quedarse cortos de vista— unos papeles sucios de figuritas negras y que amontonasen en otros papeles signos, puntos y rayas ridículos, con los cuales realizaban los actos mágicos de leer y escribir.

Abundaron en razones sobre el enorme error de vivir contra la Naturaleza, acumulando —unos hombres— enormes cantidades de riquezas —oro, papeles o productos— mientras los otros, pese a trabajar ruda y continuamente, carecen de lo más indispensable... Obligando unos seres a otros a que los sirvan, a que les rindan culto, a que los cuiden y los protejan, para cuyo fin se valen hasta de terribles armas y mortíferos gases... Encerrándose en esos amontonamientos de piedra, de madera y de hierro, que marcan sus extrañas e inconcebibles diferencias, haciendo que los niños que nacen en las casas grandes y más lustrosas, sean los patrones y los amos de los que tienen la desgracia de nacer en los edificios opacos, tristes y feos!

Y después, el torpe apuro, el incalificable absurdo de esa gente, que corre como loca, desesperada, a encerrarse continuamente, aglomerándose ante mentirosos aparatos mecánicos, en estrechos locales asfixiantes, alejándose del aire, del sol, del cielo, de la buena tierra maternal!

Yo aun estaba en el suelo, semi sentado, semi incor-

porado sobre un brazo, molido de dolores, limpiándome la sangre que manaba de las pequeñas y múltiples heridas, rodeado por una espesísima muchedumbre minúscula, cuando ésta —rematando sus discursos, me interrogó solemnemente.

—¿Tú quieres el error, la miseria, el odio, la desesperación, la explotación entre tus semejantes?

¿Deseas la guerra despiadada y feroz entre tus hermanos?

¿O prefieres la libertad, el respeto mutuo, la solidaridad el amor y el culto a la Naturaleza, de donde provenimos?

Yo, naturalmente, aprobé todo lo que expresaban los dioses, no sólo por provenir de ellos y dadas las circunstancias difíciles en que me encontraba, sino por considerar bello y humano el ideal que significaba apoyar la armonía, la paz y el bienestar entre los hombres.

Simultáneamente a mi declaración, empecé a sentirme mejor...

Se explicaba. Ellos vueltos piadosos y caritativos, empezaron a darme a beber jugos de plantas medicinales y a aplicarme emplastos de hojas y hierbas.

Luego los indiecitos, que cambiaron sus gestos adustos por amables sonrisas, mientras unos bailaban y cantaban gozosos a mi alrededor, otros salían corriendo, para volver arrastrando improvisados cestos de frutas, coglitos tiernos, cañas azucaradas, miel silvestre y corolas de flores, llenas de aguas y néctares deliciosos.

Yo almorcé realmente hasta hartarme y luego me acosté a la sombra de los añosos árboles, reaccionando,

tanto con el alimento, como con un dilatado sueño reparador.

* * *

‘Cuando desperté, brillaba calmo y caliente el sol.

Había una gran serenidad feliz en la tierra, en el cielo, en las cosas, en toda la Naturaleza.

Las hojas se mecían suavemente en la brisa; corría un estremecimiento de rizos celestes en el agua; perfumaban flores y hierbas y los pájaros cantaban su plena dicha en los árboles majestuosos.

Como a simple vista no distinguía a mis amigos, de quienes tenía aun un resquemor de resentimiento, tomé mi famoso microscopio —compuesto con un tallito vegetal hueco y unas gotitas de agua— y traté de descubrirlos.

Estaban en apretado cerco, calculo que serían dos o tres millones de billones, haciéndome disimulada guardia desde lejos.

Cuando me vieron despierto, sintiendo mis expresiones de acatamiento a la **Ley del Campo**, se me aproximaron, saludándome y haciéndome reverencias y fiestas y una delegación se acercó muy ceremoniosamente a decirme que habían resuelto hablarme, muy en serio, de algo definitivamente grave y trascendente.

Yo traté de revestirme de la mayor circunspección y me senté muy compuesto, con aire importante, sin perjuicio que pensara que, si otros niños me observaran, se

morirían de risa, viéndome en tal trance y completamente desnudo!

Era casi una recepción diplomática, pues, a pesar de que todos los dioscellos eran absolutamente idénticos, yo percibí que ellos habían hecho una selección, posiblemente entre los más ladinos y «alarifes», pues tomaron la palabra algunos millares de los que estaban distinguidos por vistosos collares de huesitos y semillas y por pintadas plumas que temblaban entre sus cabelle-
ras.

Me dijeron, más o menos, esto:

—Queguay, cuando tú entraste en nuestro reino, nosotros te recibimos con cierta prevención y desconfianza, por tu proveniencia —aunque híbrida— del seno de los hombres blancos, de los cuales tienes muchos vicios, muchos prejuicios y tantos equivocados conceptos... Cambiamos de opinión cuando supimos que nunca hacías mal a un pájaro, a una brizna de pasto, a una flor, a un bichito... Cuando nos enteramos que eras amigo de los árboles, del agua, de la lechuza, del apereá, de las lagartijas...

Con todo, aquella defensa que hiciste de la civilización nos dejó una pésima impresión...

(Si me hubiera atrevido a interrumpirlos, les hubiese dicho que a mí me la había dejado peor...)

...y nos obligó a usar contigo cierta violencia, para que te dieras cuenta con quienes tratabas...

Te retractaste, te rectificaste, declarando que tales frases no eran sino bromas; confesaste que tales garra-

fales errores no encontraban eco en tu alma y te pusimos en cuarentena.

Te dejamos dormir y un poco la fiebre y quizá otro poco los remordimientos de tu conciencia, te pusiste a desvariar incoherentemente, lo que nos impulsó a querer averiguar qué decías y qué sentías íntimamente.

A ese efecto, mandamos buscar a algún ser cercano a los hombres para que interpretase tus sueños.

Se presentaron muchos candidatos, que tuvimos que desechar por circunstancias diversas.

Al perro porque, pese a su decantada lealtad, es enemigo hasta de sus mismos semejantes; el gato nos resultó en exceso reservado y engreído; la cotorra charla sin fundamento alguno; el buho, con su gran sabiduría, complica demasiado los conceptos... Por suerte, al fin llegó maese Zorro, ese a quien llaman Juancito, que como tú sabes, cursó estudios en la Facultad de Derecho... Eso, si él perteneciese a la clase enemiga podía ser una mala recomendación, pero como es de los nuestros, lo estimamos como una gran ventaja para nuestros negocios...

Bien, Juancito en persona, interpretó tus sueños y nos los tradujo perfectamente, convenciéndonos que tú estás completa, total y definitivamente de parte de la verdad.

No dudamos de tí.

Te tenemos fe y confianza.

Nosotros no quisimos meternos en tu cerebro —pese a que nos es tan fácil— porque cuando se teme que el ser humano piense puramente como hombre, tenemos

conciencia de la posibilidad de equivocarnos, pero —como te repetimos— el Zorro nos dejó absolutamente satisfechos, y por ello te abrimos nuestras almas y te confiamos el gran secreto.

Te hemos amado, sabiendo que también nos querías; te hemos protegido; te hemos proporcionado alegrías y diversiones y te hemos conducido en los largos viajes por todo el Uruguay, para que lo conocieses bien —tanto en su belleza, como en su riqueza— para que así lo amases con la honda pasión con que lo veneramos.

Nosotros somos sus hijos entrañables, puros y predilectos. Aspiramos que tú nos iguales y seas considerado, —por El y por la Madre Tierra Americana, —hijo de excepción.

Para ello no te exigimos sacrificios sino pruebas de amor y éstas consisten en declarar abiertamente la guerra a los hombres y jurar no desistir de ella hasta expulsarlos para siempre jamás del terruño.

Ahora empezaremos por secar ríos y arroyos; haremos huelga de estrellas y esconderemos el sol en el fondo de la tierra para que los humanos se mueran de frío.

Traeremos una prolongada noche sobre el mundo y, previamente, acabaremos con todas esas maquinarias infernales, engendros de Añá, el dios malo.

A mí, ustedes comprenderán, se me iba un escalofrío y me venía otro; se me erizaban los pelos; se me ponía carne de gallina, oyendo esa tremenda e implacable sentencia contra la especie a la que, pese a todo, pertenecía.

Sacando fuerzas de flaqueza, haciendo de tripas corazón —como vulgarmente se dice— pude contestarles:

—Me parece plausible...Lo considero legítimo... Creo que eso está...está de rechupete...Pero, mis queridos y respetables dioses, qué quieren que yo, tan chico y débil, haga en esa terrible campaña?

Recuerden que yo soy un muchachito sin fuerzas y sin los poderes divinos de los cuales ustedes, felizmente, están prodigiosamente dotados.

Eso es obra reservada a ustedes, mis admirados amigos.

Ellos me interrumpieron, agitados:

—¡No! ¡No! ¡No! Tú tienes que ayudarnos! Tienes mucho que hacer en esto! Nos eres necesario, indispensable, único! En tus manos y en tu resolución está el triunfo definitivo!

—¡Cómo, exclamé fuera de mí, no sabiendo ya lo que decía:

—¡Cómo! ¿Yo voy a ser el verdugo?

—¡Verdugo!? No!, protestaron: ¡¿Qué palabra es esa? ¿Qué significa?! Esa palabra nos ofende! No serás más que el justiciero!

—Bien me podían relevar de esa función. Si ustedes solos, con todo el poder que poseen pueden realizar la empresa, ¿a qué complicarme en la cuestión?

—Espérate que te lo explicaremos. Nuestro padre, nuestro amado Tupá, es el único Dios, justo y magnánimo. Él, como nosotros, no puede soportarlos, odia a los hombres descoloridos que se han apoderado del Uruguay

y se desespera de verlos profanar los campos, los bosques, los ríos, los cielos y las sierras que nos pertenecen.

Pero es tan justo y tan noble y respeta hasta tal punto sus compromisos, que afirma que no permitirá que les hagan el mínimo mal hasta que, por lo menos uno de ellos se acerque a su trono y le solicite su destrucción.

A Tupá le han prometido que los hombres blancos, un día van a traer la felicidad sobre la tierra. Nosotros no lo creemos, porque, una vez separados de su cerebro, pensamos un poquito por nuestra cuenta...

Él confía, y sólo ante la presencia de un representante de la raza nueva, de los hombres de ahora, podrá convencerse de que sus semejantes viven en el mal, en el error y en el vicio. Y ese mismo ser, por propia iniciativa, tiene que implorar el castigo divino que purificará y elevará a su especie.

Nosotros, porque conocemos tus sentimientos, te hemos elegido.

Te hemos visto admirando, sintiendo y amando intensa y vivamente el Terruño.

Tú eres un pichón de hombre.

De los de ahora.

Y como has jurado respetar la **Ley del Campo**, nuestras sagradas leyes, resultas el emisario que necesitamos.

Tú puedes hacerlo todo.

Cumplir la fórmula ante Tupá, criticando esos monstruos absurdos del Progreso y la Máquina y luego poner a nuestro servicio tus conocimientos, tu inteligencia, tu

fuerza hábil, la destreza de tus dos manos de diez dedos mágicos y la misma familiaridad que tienes de las escrituras, los secretos y los misterios de la civilización de esa nefasta especie.

Yo los oía, realmente perplejo.

Atribulado, desesperado.

Y, además, solo.

¿Cómo eludir mi concurso? ¿Cómo negarme? ¿Cómo oponer la más débil de las reservas a los argumentos de mis amigos y, especialmente, cómo defraudar la confianza que en mí depositaban?

Con el propósito de postergar el compromiso, para ver si encontraba alguna solución salvadora, les rogué:

—Si ustedes fueran tan amables de permitirme reflexionar unos minutos; si me facilitaran un pequeño espacio de tiempo para prepararme a tan grande, arriesgada y descomunal empresa.

—Medita, piensa, reflexiona, si así lo deseas, me autorizaron. Pero recuerda que las cosas y la Naturaleza realizan tras un proceso de maduración.

Sabemos que no titubearás.

¿O tendremos que empezar a dudar de tu madurez para el gran acontecimiento?

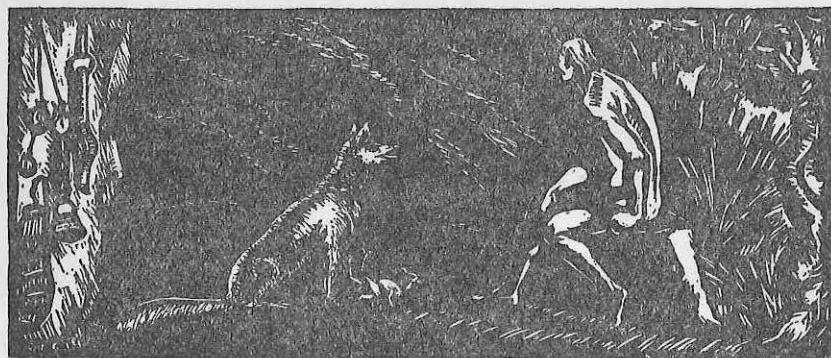
—¡Oh, nó!, respondí gravemente y para ponerme a tono con la solemnidad del momento, afirmé, muy suelto de cuerpo:

—¡Yo me siento maduro!

Y mi cerebro concebía una y desechaba otra idea, con una velocidad vertiginosa.

Adopté una oportuna pose de pensador.

Los indiecitos se retiraron prudentemente.



I X

Cansado de escudriñar en mi cerebro, que no me proporcionaba ninguna solución para eludir el grave compromiso pendiente, me levanté y me puse en marcha, al azar, sin rumbo...

Posiblemente giraría, como dentro de un círculo, bajo la guardia implacable y permanente de los dioses.

Quizá me estuvieran espiando.

Quizá anduviesen procurando conocer a fondo mi pensamiento.

Desechaba esa idea, en la seguridad de que ellos confiaban en mi consecuencia.

Tan ensimismado caminaba que, sin saber donde colocaba los pies, de pronto tropecé en la boca de una cueva

y caí de bruces, mientras oía la burlona risita amistosa de mi antiguo camarada, Juancito el Zorro.

—Hermanito, qué sorpresa!

—Para tí, replicó el aludido, que yo, con bastante trabajo, por cierto, te vengo siguiendo los pasos desde que te metiste en ese callejón ciego, al que no le encuentras salida.

No olvidarás que te salvé de una difícil situación, cuando me abrogué las funciones de intérprete de los sueños?

—No; y mucho te lo agradezco.

—Ahora tengo la misma intención.

—¡Cómo darte las gracias!

—Y confío tener el mismo éxito... Y agregó:

—Eso, siempre que no decidas entregarte... ¿Qué resuelves?

—Esto es grave. Hay de por medio mi juramento de respetar la **Ley del Campo**. Luego mi deuda de agradecimiento a los otros... Estoy indeciso... No quiero traicionar a los hombres ni deseo quedar mal con los dioses de nuestra tierra...

—Les vas a prender una vela a Dios y otra al Diablo. Podías hacer lo que yo. Por nuestra sacrosanta **Ley**, estoy autorizado a disponer de la propiedad de nuestros tiranos y no tengo escrúpulos en darme mis banquetitos en los gallineros, pero cuando me encuentro con los hombres, les digo:

—Epa, compañeros, basta de cimbras, trampas y escopetas! Yo no como sino alguna palomita salvaje o

algún otro pájaro. El corral es cosa sagrada, porque pertenece a ustedes!

Y así vamos tirando...

El desparpajo de la vulpeja me resultaba desvergonzado y cínico... Pero, tenía que tomar una resolución!

El insistía:

—Si te inclinas a los dioses, te vas a volver un salvaje!

—¡Un salvaje! ¿Y no será mejor?

Y alegremente, me puse a imaginar mi cuerpo adornado con tatuajes azules, rojos y verdes, mi cabeza coronada de plumas de colores, en una mano el arco y las flechas, en la otra la lanza y, aseguradas a la cintura, las bolas arrojadizas!

El Zorro sonreía:

—Eres un chico ingenuo. Te estás divirtiendo como con un juguete. Recuerda que la vida entre los hombres no era tan mala. Allá no comías víboras, sapos y raíces, que ahora serán tus alimentos naturales... Allá se evitaban comodamente el látigo de la lluvia, los dientes del frío, el fuego del sol... Y luego los juegos, las músicas de los instrumentos, los libros... ¿No te acuerdas ya de las lindas historias, de las láminas, del encanto de los viajes lejanos, de las maravillas que descubrías y aprendías?

Y tu preparación para distinguirse, para triunfar, para ser admirado y glorificado!

¡Ah Zorrito, abogado y ladino!

Cómo despertó mi ambición y mi vanidad y hasta

mi egoísmo! 'Cuánta palabra hábil y eficaz, halló a mano para convencerme!

Vencidas mis últimas resistencias y bastante convencido por los argumentos de mi consejero, sin albedrío ya, le pedí instrucciones:

—¿Y entonces, qué debo hacer?

—Por ahora, vuelve a ellos, finge estar muy contento y declárales que te pones incondicionalmente a sus órdenes y que realizarás lo que te manden. Pero postergas todo para mañana temprano, cuando vuelvas de mi casa, adonde vendrás esta noche para participar del baile que ofrezco a mis relaciones...

* * *

Seguí al pie de la letra las indicaciones de Juancito y los minúsculos indios accedieron a mi pedido y dedicándome sus más finas atenciones, me acompañaron hasta el arroyo, en el cual me esperaban mis hermanitas las gotitas de agua. Estas me recibieron alborozadas y me llevaron con ellas en el vaivén de su carrera, entre el arrullo de sus risas y sus músicas.

Hasta que encontré la cueva de la vulpeja y en ella me introduje.

Mi hospitalario amigo se encontraba en un propicio momento de dicha y felicidad, pues se estaba regalando con el opíparo almuerzo de un gordo y sabroso pollo.

Quiso invitarme a su banquete, informándome:

—Esto es un verdadero regalo. Imagínate que los hombres, que son muy inteligentes para comer, les hacen

una operación a estas bestias y las ceban, dejándolas muy apetitosas.

Yo no pude aceptar la invitación, pues por haberme habituado a comer frutos, miel y hojas, la sola presencia de un animal muerto, me repugnaba.

Entre bocado y bocado, el Zorro me indagó:

—¿Y, cómo va eso, mi querido Queguaycito?

—Un lío, le contesté, un verdadero lío, del cual aún no sé como salir decentemente... Conseguir de Dios la autorización para destruir el género humano, me parece acción tan despiadada, tan terrible, que me da miedo! ¡Hay tantos inocentes, tantas personas buenas, tantas madres y tantos niños! Y, mira lo que son las cosas, me acuerdo ahora de mi maestra, de sus enseñanzas, de los compañeros de la escuela, a quienes quería, pese a sus bromas... Me acuerdo hasta del petizo manso, en el que iba a clase y a quien también tendríamos que ultimar!...

Entre unos y otros...

Y he de tomar una resolución.

—Haz lo que te parezca ya que mis consejos no tienen mayor peso... me deslizó el Zorro, mientras se limpiaba el agudo hocico. Yo no voy a sufrir muy gravemente las consecuencias, porque comer, se comerá siempre. No tengo muy buen recuerdo de los hombres para erigirme en su protector. Es más, me inclino a creer que, para mí, más que buena inclinación, tienen pésimas intenciones, pero, en el fondo no son tan mala gente... Un poquitín egoístas, demasiado apegados a sus rancios conceptos de propiedad, pero, como te informaba, en

eso de cuidar, cebar y engordar bien a los pollos y las gallinas, hay que sacarles el sombrero!

Yo pienso siempre que, sin hombres, adiós gallineros! Lo que sería realmente una lástima, porque los gallineros son los paraísos de nuestra religión zorruna...

Después, confidencialmente, te diré que, con la desaparición de los humanos se nos acabarían también las diversiones. Hay que ver como gozaba yo siguiendo a los paisanos borrachos, que iban de acá para allá —como maletas de loco— en su mancarrones. Yo los seguía para verlos caer y luego, en broma no más, les robaba el sombrero, el rebenque, algún cojinillo, para envolverme los pies y dormir calentito en el invierno.

En eso, en general, me ayudaban los dioses, que son muy buenos gauchos, cuando de fastidiar a los «cristianos» se trata.

Ellos aprobaban mis jugarretas y de ello quizá derivaba el gran aprecio que me guardan.

Pero tú harás lo que quieras, terminó.

Yo quedé con el mentón en el pecho, meditando.

El Zorro tomó otra vez la palabra.

—Ah, ahora recuerdo que tengo que hacerte una revelación o mejor dicho, refrescarte la memoria si es que te has olvidado de una cuestión que te conviene y te puede ser muy útil.

Te acuerdas que después de pronunciar tu promesa: «Abandono a los hombres y los dejo para siempre», te sentiste más cerca, más identificado y hermanado con las cosas?

—Sí.

—Y recuerdas que cuando te quitaste la ropa, —que todavía la conservo en aquel rincón donde la dejaste—, recuerdas que te sentiste como reintegrado a la tierra, al agua, los árboles, los pájaros, los bichitos?

—Ah, sí!, sí!

Y no olvidarás también que si te pones de nuevo la camisa, las bombachas y las alpargatas se deshace el encanto y te puedes ir impunemente sin que tus «camaradas» los indios chiquititos, los señores dioses, te cierren el camino, te curtan a azotes o te acribillen a pinchazos o a pedradas?

—Ah, eso se me había olvidado, agregué lanzando un suspiro de alivio.

Miré para todos lados, como con temor de que se diesen cuenta de mi traición.

Irresoluto, atenazado por la duda, expresé:

—Y si les hablase con toda sinceridad a los dioses.

—Qué ingenuo, me criticó el Zorro, es como si firmaras tu acta de defunción.

—Tú crees?

—Te liquidan, mi hijito.

—Y creo, que, si ahora mismo no te apuras, no se pueden dar dos cobres partidos por el medio por tu importante vida.

Esa amenaza me decidió.

Era preciso conservar mi existencia.

Ya que me faltaba más que el coraje, la fe de reali-

zar una gran obra aliándome con los liliputienses diosillos, era preferible desvincularme de ellos lo más pronto posible.

En esas ideas, me introduje en la cueva del Zorro.



X

La mansión de mi coludo amigo se hallaba, con leves variantes, como la encontrara en mi primera visita.

La caracterizaba el mismo desorden y apenas si se contaba un aumento del botín cosechado por el dueño de casa.

En su mismo rincón, prolijamente doblada, estaba mi ropita humilde, con un aire de inocencia incapaz de dejar traslucir el importante papel que desempeñaba.

Ella era nada menos que la llave prodigiosa que me iba a cerrar el mundo maravilloso en el cual hasta ese momento viviera tan dichosamente y me abriría el viejo universo de los hombres!

Se me agolparon los recuerdos en la mente y las lágrimas en los ojos al pensar en el animado, latente y

seductor paisaje que abandonaba, mientras me trabajaba la nostalgia de lo otro.

Como si el llanto me nublase la visión, veía, a través de una tenue gasa embellecedora, la escuelita, mis discípulos, la Maestra!... La cocina de la estancia, los peones, los perros familiares, mi petizo!...

El Zorro se burló un poco:

—¡Qué amigo Queguaycito este, que flojón que había sido!

Le quise explicar mi emoción.

El volvió a reír:

—Bah, bah, ustedes los hombres son todos iguales. Cualquier cosa que les pasa, sacan un poquito de agua por los ojos y asunto arreglado. ¡Tienen suerte! Mire si yo pudiera hacer lo mismo cuando quiero convencer a una gallina a que me acompañe a un paseíto, qué éxito que tendría!

Era mejor no contestarle...

Desdoblé mis pilchas, las sacudí y me las puse.

Qué desasosiego, qué incomodidad!, cuando sentí la opresión y el roce de las telas sobre mi cuerpo ya habituado al sano y puro contacto del aire, de la tierra y el sol!

No podía soportar la ropa.

Todo mi organismo protestaba.

Era aquella la última voz que me reclamaba a la vida salvaje y libre!

Dudé.

Iba quizá a tener en cuenta el llamado, cuando un violento temblor de tierra me arrojó al suelo y oí aterro-

rizado el retumbar de largos y sordos truenos y un violento ulular del viento que, afuera, gritaba tremendas amenazas!

Una sombra negra entró de improviso a la cueva. Lo borró a Juancito y la sentí, helándome el alma.

—Señor Zorro, grité espantado.

Me respondió de fuera la lluvia, cayendo de golpe, con inusitada violencia.

Con el temor de que se repitiese el caso de los ingenieros, marché a tuestas para tapar la boca de la cueva, de manera de evitar una inundación.

El dueño de casa, que, por propia conveniencia, me prestó su ayuda, comentaba:

—Mira como se puso mala la indiada!

Yo temblaba mirando, temeroso para todos lados.

El me tranquilizó:

—Conmigo no tengas miedo. Peores cosas me hacen los hombres. Que agua, que humo, que veneno!... Bah, aquí hay muchos conductos secretos que nos pondrán a salvo hasta en las peores contingencias.

Por algo soy el Zorro yo!

* * *

Con todo tuvimos que pasar dos o tres días esperando que se mejorase el tiempo y no teniendo más remedio que comer algún pedazo de gallina cruda que me ofrecía mi anfitrión.

Cuando me llegó el momento de irme, confieso que lo hice con cierto temor y desconfianza.

Agradecí su hospitalidad a mi huésped, a quien le prometí —formalmente— proveerlo de aves de corrad.

El me dió un abrazo, me pidió gran reserva para sus confidencias y maniobras y me recomendó que si me llegaba a sacar la ropa en el monte o en el campo, me cuidase mucho de hacer promesas de no regresar más al seno de los hombres...

Aquello me sería fatal, pues no terminaría de ejecutar el acto mágico, que ya los pequeños dioses me asaltarían y me ultimarían, sin compasión alguna.

* * *

Salí.

Hacía un día tibio, claro y sereno.

Observé a mi alrededor.

Triunfaba bella, magnífica e indiferente la naturaleza.

Murmurios de hojas, ritmos de aguas, trinos.

Le dirigí la palabra a las plantas.

Silencio.

Canté a las flores.

No se dieron por aludidas.

Exalté los pájaros.

Parecía que no me oían.

Traté de rehacer mi famoso aparatito.

Corté un tallito hueco, le ajusté en su extremo un anillo de cera, engarcé en él unas gotitas de agua y, no sin cierto temor, me lo ajusté a un ojo.

¡Nada! ¡Nada! ¡Nada!

Quise bajar al arroyo y resbalé por la barranca, dándome un soberano porrazo.

Y antes que bajaba con tanta facilidad!

Me aproximé a la corriente.

Me incliné hasta casi tocarla.

No era nada más que agua.

No descubría a las transparentes, ligeras, desnudas criaturitas.

Agucé el oído.

No hablaban! No cantaban!

—¡Hermanita agua!

Mi voz se perdió sin ecos.

—¡Hermanitas aves!

Me dirigí a las bichos, que tampoco respondieron.

Clamé desesperado:

—¡Hermanas flores!

¡Había perdido el idioma divino! ¡Todo era inútil!

No se operaba el milagro.

Me invadió una gran tristeza.

Lloré, llamé, grité!

.....

La voz, que debía resonar sobre el agua, multiplicarse en el monte, rebotar en los cerros, caía con las alas quebradas, como un pájaro alcanzado por una flecha.

* * *

Remolinée.

Y, por fin, con mis tristezas a cuestras, me fuí para «las casas».

Allá también me recibieron casi indiferentemente.

Apenas si alguno me dijo:

—Ya andas haciendo de las tuyas, Queguay... Dejas venir el petizo solo, expuesto a que dispare y reviente las riendas... Y luego tú cacs a pic, a las mil y quinientas.

Yo me sonreí.

Y recordando el chasco que se llevaron cuando fueron a buscarme, pensé:

—Estos disimulan. Yo tampoco les contaré lo que me ha sucedido.

Y les juro que si ese día me vuelven a decir:

—Este Queguaycito está medio ido... Este Queguaycito, que habla solo, parece que está mal de la cabeza...

Les garantizo que me desnudo, pronuncio las palabras encantadas y me alejo definitivamente de al lado de los hombres.

Y entonces sí, aliado de los sagrados dioses indios, seco los ríos y los arroyos, incendio las granjas, los pian-tíos y los pueblos y las ciudades y empiezo a apagar el sol y las estrellas!



ARTURO E. RODRIGUEZ ZORILLA

LIRICA
"Primaveras". "Emoción". "Savia".

CUENTOS
"Cuentos Uruguayos". "Alma Nuestra". "Los rostros pálidos". "Luz Mala". "Montevideo y su cerro". "Querencia". "La jubilación de Dios".

NOVELAS
"La Raza". "Castigo'e Dios". "Pasión". "Barrio". "La cazadora de almas". "Vida y mundo de Juancito el Zorro". "Gaucho Tierra". "Elegía Florentina". "Mundo en ascuas".

FABULAS
"Fábulas". "Apólogos".

TEATRO
"Dios y el Diablo Sdad. Ltda.". "Farsa".

AFORISMOS
"La rosa en la calavera".

FOLLETOS
"Florencia". "Las canciones camperas de Juan Mario Magallanes".

LIBROS PARA NIÑOS
"Queguay el niño indio". "Cuentos para los niños de América". "El país de los sueños". "La república de los niños". "Aventuras de un rayito de sol". "El burrito blanco". "El niño al que se le secó el corazón". "El viaje de Pibe alrededor del mundo". "Pititi". "La ciudad de los ojos alegres".

GRABACIONES EN DISCOS
Doce narraciones para niños. (A excepción de los libros subrayados, los otros volúmenes se hallan agotados).

Stock permanente
Distribuidor exclusivo:
WALTER PARADA
Av. Uruguay 1789
Teléfono 40 54 35
Montevideo

Precio: \$ m/n.